

LO QUE NO TIENE NOMBRE Y VIAJE A LA MEMORIA MATERNA,
PERSPECTIVAS LITERARIAS SOBRE LA MATERNIDAD

KAREN YULIANA RODRÍGUEZ ECHEVERRY

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

ESCUELA DE EDUCACIÓN Y PEDAGOGÍA

MAESTRÍA EN LITERATURA

MEDELLÍN

2021

LO QUE NO TIENE NOMBRE Y VIAJE A LA MEMORIA MATERNA,
PERSPECTIVAS LITERARIAS SOBRE LA MATERNIDAD

KAREN YULIANA RODRÍGUEZ ECHEVERRY

Trabajo de grado para optar al título de magister en literatura

Asesora

SAYRA RÍOS PULGARÍN

Magister en Literatura

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA

ESCUELA DE EDUCACIÓN Y PEDAGOGÍA

MAESTRÍA EN LITERATURA

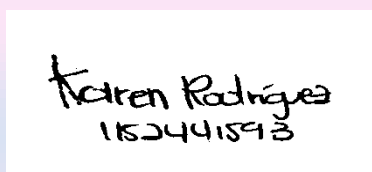
MEDELLÍN

2021

4 de marzo de 2021

Karen Yuliana Rodríguez Echeverry

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o cualquier otra universidad” Art 92 Régimen Discente de Formación Avanzada.

A rectangular box containing a handwritten signature in black ink. The signature reads "Karen Rodríguez" and below it is the number "152441593".

Firma

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	6
1. CONSTRUCCIÓN DE LA MATERNIDAD DESDE LA OBRA <i>LO QUE NO TIENE NOMBRE</i> DE PIEDAD BONNETT	11
2. ESCRITURA LITERARIA: SOPORTE DE LA MEMORIA Y EXTERIORIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA MATERNA	22
3. VIAJE A LA MEMORIA MATERNA	33
4. A QUIENES SE HAN REPLANTEADO LA IDEA DE MATERNIDAD	34
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	42
ANEXOS	46

RESUMEN

Durante siglos el concepto de maternidad se ha ido elaborando, acarreado consecuencias en las representaciones sociales que se tiene en las diferentes culturas, es por ello que en atención a este suceso cultural, se tiene en cuenta la presencia de la madre en gran parte de la literatura, sin embargo, este rol no coincide como objeto de análisis literario, ni suele obtener un lugar protagónico con minuciosos estudios que demuestren la relación entre maternidad y literatura; de allí que en este trabajo de grado surja el interés por brindarle importancia a la construcción de este concepto, partiendo de la obra literaria “*Lo que no tiene nombre*” de Piedad Bonnet y proponiendo una colección de relatos en los que la experiencia materna se toma el primer lugar en la creación literaria.

PALABRAS CLAVES: Maternidad, literatura, memoria, exteriorización, experiencia.

INTRODUCCIÓN

Lo que no tiene nombre, de la autora Piedad Bonnett, es una novela en la cual ella narra una tragedia que, de cierta manera, la dejó sin palabras, pero justo allí radica la importancia de la literatura; en esta oportunidad se presenta como una especie de luz al final del túnel, todo para abrir camino y permitirle, a través de la escritura, contar a los lectores su experiencia. El protagonista de la historia es su hijo Daniel quien desarrolla un trastorno mental, posteriormente diagnosticado como esquizofrenia y termina desatando una serie de problemas, por supuesto, afectando a la familia, en la medida que consigue, sin proponérselo, desestabilizar su núcleo. Esta desdicha transforma a cada uno de sus familiares, una vez que esto ha ocurrido, sus vidas no vuelven a ser las mismas.

Todo comienza alrededor de los 19 años, Daniel empieza a sufrir de acné severo, por lo cual se ve en la necesidad de empezar un tratamiento en el cual le indican tomar una medicina muy fuerte para la piel. Sin embargo, nadie advierte los efectos secundarios que esta podría causar; Piedad, en el libro menciona cómo luego de indagar mucho al respecto, se enteran que la droga desencadena depresión, síntomas psicóticos, algunas veces hasta suicidio. Si bien no se sabe con certeza si es realmente la causa de su esquizofrenia, desde lo planteado en la obra parece ser la mayor razón.

Ahora bien, Piedad juega un papel importante dentro de esta narración, pues como “buena madre”, se ocupó de él y buscó por todos los medios la manera de poder encontrar cómo ayudarlo, dentro de su anhelo estaba que él pudiera llevar a cabo una vida tranquila, se le permitiera tener un futuro de plenitud, una pareja y tal vez hijos. Luego de muchas búsquedas parece que, por fin, algo logra surtir efecto, su hijo ha alcanzado una estabilidad aparente, estudia, se desenvuelve frente a los demás como lo haría cualquier joven de su edad, incluso consigue mantener una relación amorosa.

Todo indica ir bien, un día cualquiera Daniel conversa con Piedad sobre su deseo de continuar sus estudios en el extranjero. Es importante mencionar que, hasta el momento se

evidencia una madre amorosa, protectora, acogedora, a quien el lazo sanguíneo le une estrechamente a su hijo y, por supuesto, esto la lleva a querer desempeñar el rol de una madre que bien cabría dentro de la construcción social de maternidad como una muy buena. Así que, después de mucho pensarlo, termina aceptando y acompañando a su hijo en la decisión que ha tomado, confiando en que será lo mejor para él; la idea, al principio, permite notar cierto malestar, no se han separado y de alguna manera cabe la pregunta, ¿qué hará Daniel sin mí?, es decir, sin su madre.

Es así como, en esta historia, se destaca la conformación de una familia nuclear tradicional, tal como lo enseña la tradición occidental. Específicamente en *Lo que no tiene nombre* se evidencia esto en aspectos como una pareja casada, estable, con una relación de muchos años, el padre es alguien trabajador, ella también, puesto que es escritora, pero esto no la exime de su responsabilidad materna, asunto que al hombre se le permite evadir un poco, y, por supuesto, hay hijos, sin hijos no habría construcción de una familia, según la tradición.

Por lo que se refiere al actual trabajo en su primera etapa, este tiene como objetivo rastrear, a partir de "*Lo que no tiene nombre*", cómo por medio de la literatura se da lugar a la relación madre-hijo/a y la manera en que esta influye en la búsqueda del hijo para encontrar su propio lugar en el mundo.

Es importante recordar que la literatura es y ha sido una forma de entender y extraer los distintos acontecimientos de interés social, es, además, uno de los recursos comunicacionales más antiguo y efectivo de la historia, actúa como registro de ella con un cariz reconfigurador. Es así que, se iniciará con una aproximación al concepto de maternidad teniendo en cuenta argumentos que ha planteado el psicoanálisis acerca del nexo que define y limita al mismo tiempo, sin perjuicio del texto literario que busca embellecer la lectura y lograr captar la atención de quien lo lee, afectar al cerebro y al corazón desde la experiencia misma, esa que impacta culturalmente y se convierte en la excusa perfecta para comprender y meditar sobre la experiencia de ser mujer, y, por supuesto, ahondar en el fenómeno maternal.

En virtud de lo anterior y si se considera que la experiencia de la maternidad en cada persona es única e irrepetible, también cabe pensar en aquello que sucede en la relación con el hijo/a y termina convirtiéndose, eventualmente, en un suceso común, a su vez, eso que acontece y transforma está implicado en ese tejido social, a tal punto que podría incluso definir el no deseo materno. Para comprender más a fondo este fenómeno se retomará a Elisabeth Badinter¹ con su obra *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*, mediante la que sugiere aspectos relevantes acerca de ser madre y las maneras del amor con relación a este rol, retomándose también asuntos acerca de aquello que cuesta un poco comprender, tal como es el caso de la frialdad y el abandono, fallos distintos a la idea común acerca de lo que implica la maternidad, por ejemplo:

Una vez más, fue el interés de las mujeres lo que dictó la conducta de la madre. Aunque el discurso que celebra el reino de la “buena madre” influyó realmente en la opción de las mujeres, hubo otros dos factores que tuvieron la misma influencia. Ante todo, sus posibilidades económicas, pero también la esperanza o no, según su condición social, de desempeñar una función más gratificante en el seno del universo familiar o de la sociedad. La mujer de fines del siglo XVIII y sobre todo lo del siglo XIX aceptó con mayor o menor rapidez, según fuera rica, acomodada o pobre, la función de una buena madre. (Badinter, 1981, p. 165)

Hoy en día hablar de maternidad implica indagar acerca de la historia de ese concepto, si realmente ha sido algo que ha estado rondando a todas las mujeres desde siglos atrás o si fue un suceso que recientemente empezó a configurarse en la sociedad, así como la manera en que termina inscribiéndose en el entorno cotidiano la definición de “buena madre”, aquella gran responsable de la felicidad y el bienestar de sus hijos. Rousseau, Freud, definían a la mujer “normal” como aquella con un sentido profundo de abnegación y sacrificio. Pero aparece en los años 80’ esta autora que va a entrar a preguntarse sobre esto, Badinter cuestiona ese retrato de mujer dotada desde la cuna del instinto de la maternidad

¹ Elisabeth Badinter (París, 1944) es filósofa, especialista en el pensamiento del Siglo de las Luces. Autora de numerosos ensayos, es una reconocida líder feminista, tanto en su país, Francia, como en el resto del mundo. De sus libros, traducidos a una docena de idiomas, cabe destacar: *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal (SXVIII-XX)*, *El uno es el otro y XY: la identidad masculina*.

que provoca en la madre la dedicación, la paciencia y un amor sin límites, tal como ese “instinto” que parecía le había sido dado a Piedad Bonnett en su libro cuando hace un viaje a su pasado y recuerda el momento en que dio a luz a Daniel.

Si existiera una relación entre madre e hijo/a y la búsqueda del hijo/a por encontrar su lugar en el mundo, cómo comprender entonces el estado maternal desde la experiencia y el hecho de ser mujer, qué sucede en el inconsciente de la madre cuando en medio del deseo por desempeñar o no su rol termina desencadenando una serie de sucesos en la vida de ese otro ser, ¿realmente busca protegerlo a él/ella o protegerse a sí misma?

Es por ello que, desde la perspectiva psicoanalítica, otro de los autores relevantes será Lacan (1970), a quien parafraseando diré que, en uno de sus seminarios se refiere al deseo de la madre afirmando este como algo complejo de soportarse tal cual, pero al mismo tiempo, tampoco pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Podría ser que, somos entonces, modelados por ese amor maternal, el cual reivindica la experiencia y la forma cómo nos relacionamos con el mundo durante el resto de nuestra vida, como si ser hijo/a se tratara de un producto que puede o no salirse de las manos de la madre todo el tiempo; de ello también se ha ocupado la literatura.

De acuerdo con lo anterior y teniendo en cuenta que la *experiencia* transversalizará este análisis como otra vertiente comprensiva, un autor que será necesario retomar es Jorge Larrosa (2006), quien la define como “eso que me pasa”, es decir, algo que no soy yo, un acontecimiento sucede, pero supone también, en segundo lugar, que algo me pasa a mí, en mí. (p.44) Esto, a su vez, conlleva a un proceso de transformación, lo cual puede influir perfectamente en la manera como una mujer se relaciona con el tema de la maternidad.

Estas manifestaciones, tomando en consideración que en la obra de Bonnett es posible evidenciar algo más que el duelo o la muerte, tal como lo es el asunto de la relación madre/hijo, serán entonces las que permitan problematizar la maternidad y observarla en el texto literario. Pues, al entrar a identificar las características de Piedad como figura materna, se puede encontrar en ella, la idea de una madre amorosa, cariñosa, dedicada a su

hogar; quien, de cierto modo, promueve la tradición occidental acerca de cómo debería ser el comportamiento de una mamá desde su lugar en la cultura.

Finalmente, y en respuesta a los imaginarios sobre la maternidad que transitan por la tradición y la experiencia individual, el lector encontrará un ejercicio de escritura creativa, de carácter inédito y narrativo, proponiéndose una compilación de cuentos que permitan recoger relatos sobre cómo el amor reivindica la experiencia de ser madre y la comprensión de este cuestionado sentimiento a la hora de interactuar, cómo esa relación madre/hijo termina siendo una especie de retrato que permite vislumbrar la sociedad.

CONSTRUCCIÓN DE LA MATERNIDAD DESDE LA OBRA *LO QUE NO TIENE NOMBRE DE PIEDAD BONNETT*

Leer la novela “Lo que no tiene nombre”, remite a que el lector/a contemple varios asuntos tal como lo pretende su autora; entre ellos la vida, la muerte y la literatura. Sin embargo, hay uno adicional, se trata de la maternidad que es el que se procurará abordar en este espacio.

Pensar en la maternidad implica considerar todo lo que esto ha acarreado en las representaciones sociales que se han elaborado por años en las diferentes culturas. En atención a este fenómeno cultural, la presencia de madres se da en gran parte de la literatura, ahora bien, este rol no es recurrente como tópico de análisis literario, ni suele dársele un lugar protagónico con prolijos estudios demostrando la relación entre maternidad y literatura; de allí el interés por darle importancia a la construcción de este concepto en la obra literaria antes referida.

A lo largo del texto literario, Piedad Bonnett indaga por aquellas razones que pudieron detonar el trastorno mental de su hijo y, además, su suicidio, pero también es claro que se ubica en el lugar de madre, una que bien puede caber dentro de la concepción antioqueña de una “buena madre”; aquella que ama, cuida, protege, vela por el bienestar de su hijo.

Es así como se concibe en la novela la idea de maternidad tal como lo plantean Puyana & Mosquera (2005)

La corporalidad femenina corresponde a una imagen de maternidad: servicial, pasiva, emocional, y que ama sin fronteras ni límites. Es a la vez un cuerpo constreñido por la tradición patriarcal que ha dominado la capacidad procreativa de las mujeres y les ha impedido sentirse sujetas de placer. En el polo opuesto se encuentra el cuerpo masculino, estereotipado como el activo, creativo, racional, viril y proveedor. (párr. 11)

Continuando en la línea que busca comprender un poco cómo se da la construcción de maternidad en esta novela, también es importante mirar hacia atrás y estudiar la forma en que se ha construido culturalmente. Al respecto, Lamus (2010) menciona que:

La madre está representada por la materia, la tierra, el mar, el cielo, el país de origen, la lengua. Cuando se hace alusión al proceso de gestación, se simboliza como el vientre, la matriz, la fuente, la cueva, la concha, el huevo, el hogar, el manantial, la vasija, el recipiente. Representaciones que dan cuenta de lo que ha significado la madre como ese ser dador de vida y de conservación de ella. A la madre se le ha atribuido la función de proteger, acunar, nutrir y brindar afecto. La diada inicial del hijo con su madre o sustituto, genera una vida afectiva en el niño, que va a incidir en su desarrollo intelectual y en la adquisición del lenguaje. Su importancia se debe, entre otros factores, a la carga psíquica y cultural que representa para el ser humano la dependencia y el apego a ese ser que le dio y le conservó la vida. La incapacidad del infante, durante un período prolongado, para valerse por sí mismo, lo sitúa en una posición de dependencia de meses y aún años, configurándose un vínculo que va a marcar a madres e hijos por el resto de sus vidas. (Lamus, 2010, p.6)

La maternidad, en esta obra literaria, continúa ligada a la idea de que una madre debe darse a sus hijos, pues es el mejor trabajo. Incluso en la novela, *Piedad* se muestra a sí misma como una mujer dedicada a su hogar, que sirve a sus hijos, feliz, pero que logra trascender; es una de aquellas que se va a trabajar, debe pasar horas por fuera, dividirse en dos, tres o más partes para poder dar cuenta de sus distintos roles, aunque apoyada por su pareja en la responsabilidad de educar y formar a los hijos.

Podría resultar conveniente ahondar un poco más en el tipo de familias que se han estructurado en la actualidad en occidente, haciendo énfasis en Medellín, y cómo esas representaciones sociales sobre paternidad y maternidad de las que hablan, por ejemplo, Puyana y Mosquera en su estudio, permean incluso familias en la literatura.

Tubert, (1996) citada por Mosquera y Puyana (2005) ilustra en sus textos, cómo el ser madre tiende a ser asociado por muchas culturas con una virtud que acerca a los humanos a la vida, a la naturaleza; con las diosas en las religiones politeístas. Mientras que ser padre en las religiones monoteístas se asocia con la ley, con el orden, con dios y con la protección de la especie. Las representaciones sociales sobre hijos o hijas son interiorizadas por cada persona desde la más temprana socialización, en la medida en que se aprende a ser hombre o mujer.

Esto indica que no basta preguntarse solo por la construcción de maternidad, sino también por la experiencia psicológica del individuo, en este caso, específicamente, por la relación madre e hijo/a, y cómo mediante la comprensión del entorno en que se vive se da lugar a la transmisión de ciertas prácticas que perfilan la vida adulta y la forma de relacionarse e interactuar con el mundo, hacerse parte de una sociedad.

En la cita que se retoma a continuación, la escritora finaliza lanzando una afirmación respecto a que el amor algunas veces pesa tanto que puede convertirse en una razón aniquilante.

Pero ningún amor es útil para aquel que ha decidido matarse. En el momento definitivo, el suicida solo debe pensar en sí mismo para no perder la fuerza. Incluso, una de las razones para escoger ese final es que nuestro cariño le pese demasiado. (Bonnett, 2013, p. 119)

Muchas veces ese amor se torna sobreprotector, ese sentimiento que no permite ver que los hijos han crecido y deben vivir una vida propia, termina convirtiéndose en algo agobiante, aún sin que ese sea el propósito de la madre. La autora, a menudo se refiere a la palabra vientre, a que ha tenido que dejarlo nacer varias ocasiones, que ha sido un proceso doloroso, pero ¿hasta dónde es cierto que hubo una separación? Por el contrario, podría pensarse que permanecía en ella el deseo constante de mantener a Daniel aferrado a su vientre, de esa manera le evitaría peligros, podría tener todo bajo control, evitaría que su hijo sufriera cualquier tipo de comentarios discriminatorios, o al menos esa era su

intención. ¿Qué sucedía en su inconsciente? ¿Realmente buscaba protegerlo a él o protegerse a sí misma?

Al respecto, Lacan (1970) se refiere al deseo de la madre de la siguiente manera:

El papel de la madre es el deseo de la madre, esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. (p.118)

En este punto, pareciera que Daniel estaba dentro de la boca de Piedad, era ese coche que lo arrastraba, pero que sin ser consciente termina cerrándose hasta aplastarlo o devorarlo. ¿De qué manera lo hace? Cuando decide que ella es omnipotente y la figura más importante en la vida de él, por lo tanto, debe estar presente en todo cuanto haga, se refiere a su hijo como si todavía se tratara de un niño que requiere excesivos cuidados, está ahí para él, mostrándose bondadosa, ayudando a empacar sus maletas, incluso decidiendo acerca de la ropa que debería llevar, acaricia su cabello, lo recuesta sobre su hombro, opina sobre sus pinturas. Veamos:

Entonces, dolida de antemano por la separación, le pasaba la mano por el pelo, le rozaba la mejilla. Y cuando el día del viaje fue ya próximo, nos dimos a la difícil tarea de escoger lo que llevaría en sus maletas. Para el verano, para el otoño, para el invierno. Por si acaso una corbata y un traje formal. Calzoncillos nuevos y botar los viejos. No más de seis pantalones. Dos pares de tenis, unas botas, los zapatos negros, las pantuflas peludas. ¿Y esta chaqueta? Muy pesada. Para el otoño. Lleva el cortaviento. Y libros: hay que escoger. No más de diez, los fundamentales. (Bonnett, 2013, p. 103)

Aun cuando ha muerto, manifiesta que quiere lo mejor para él, pero parece ser que, su inconsciente añora tenerlo de vuelta en sus brazos, naturalmente. Sin embargo, ¿se

podría presumir acaso que, la diferencia consistía en que era tanta su obstinación que ante aquellas cosas que sabía que representarían un fracaso para él, se mostraba como aquella dispuesta a apoyarlo, deseosa de acompañarlo a lograr sus metas, pero, internamente, sabía que no funcionaría, que él regresaría y requeriría de ella todo el tiempo?, si bien no se lo expresaba, tal vez, escudándose en lo que podía detonar en él y su trastorno, el lector podrá suponer que en ese ir y volver hubiera en ella cierto goce. ¿Recuerdan los mensajes por Skype? Están distanciados, pero ella insiste en estar presente, en que él necesite sus abrazos, en que sea ella su lugar de refugio.

Es tanto el amor que recibe, que incluso podría indagarse en qué tan relacionado estaría ese hecho con la detonación de su trastorno esquizo-afectivo, sin la inquietud retórica que, desde luego, no tiene la intención de culpar a la madre. De hecho, hay un episodio en el que, en medio de sollozos, Daniel, confiesa que le asusta verse, reconocer sus limitaciones, acusa a sus padres, sobredimensiona cualquiera de sus palabras:

De vuelta en el hotel, donde dormimos los tres en la misma habitación, comienza de repente a llorar y a temblar, en lo que conjeturo es un ataque de pánico. *Es que ha sido muy duro, repite incesantemente. Yo hace tres años no conecto la neurona. Y confiesa que se asusta de verse, de reconocer sus limitaciones. En medio de sollozos nos confiesa que tiene paranoia. Nos acusa, sobredimensiona cualquier palabra nuestra: su papá le dijo “me cansé”, yo, que era “un bobito”. ¿En serio crees que soy un bobito?* (Bonnett, 2013, p. 68)

Ha caído en la boca del cocodrilo, ha sentido que esperan demasiado de él, en la medida que esperan que se comporte como un ser común y corriente, ha sido imposibilitado, inconscientemente, toda su vida. La madre se ha encargado, probablemente y, valga la pena aclarar, sin ser esa su intención, de dañar a su hijo cuando no le transmitió que había placer más allá de él, que también había una mujer deseosa de seguir luchando por sus sueños. Se observa esa escena cuando él no tiene éxito con su examen de contabilidad, pero a ella, paradójicamente, le acaban de hacer ganadora de un premio. Opta por ocultar su felicidad para no herir a Daniel.

Algo de la madre siempre quiere aplastar a su hijo, aunque también quiera alimentarlo. ¿Qué de la madre aplasta a un hijo? En palabras de una psicoanalista a la que escuché hace un tiempo, Gloria Luz Toro (2020), lo aplasta la mujer que hay en ella. ¿Para qué? Para protegerlo, tiene buenas intenciones en principio, pero después se va dando cuenta que es maravilloso, sacar a su hijo de su vientre implicaría que ella se haga una pregunta ¿Qué es una mujer más allá de los hijos? Muchas eligen la enfermedad como una manera de llamar a los hijos y también para ellos tener una razón de vivir.

En línea con aquella pregunta acerca de qué de la madre aplasta a un hijo, es importante rescatar cómo desde la ciencia se aborda la temática de instinto maternal bajo una perspectiva en la que se deduce que se presentan transformaciones neuroendocrinológicas durante la maternidad, es decir, hay liberación de oxitocina que permite, a su vez, que se despierte un poco esto a lo que muchas personas han llamado instinto, por lo cual cuenta con varios matices y no refiere únicamente a la persona embarazada, sino también a aquellos que se encuentran alrededor, incluso al hacerse pruebas con diferentes animales que atacan a sus crías una vez que han nacido, y aplicar dicha sustancia, ha sido posible observar cambios significativos con relación a su conducta.

Gibbens, (2018) menciona que:

Por ejemplo, todos los mamíferos hembra poseen respuestas maternas o 'instintos'; pero esto no quiere decir, como suele asumirse, que toda madre que da a luz está automáticamente [lista] para criar a su cría, (...) Por el contrario, las hormonas gestacionales preparan a las madres para responder a los estímulos del infante, y luego del parto, y de a poco, va respondiendo a las distintas señales.

Y esto no se aplica únicamente a las madres que dan a luz físicamente. Hrdy y su marido son abuelos, y para ella, no es para nada sorprendente que ambos hayan experimentado similares aumentos de oxitocina, una hormona asociada al lazo maternal. En su opinión, tanto las madres que dan a luz como las madres que adoptan deben ser consideradas "madres biológicas", si tenemos en cuenta los cambios que sufren sus cuerpos cuando se convierten en madres. (párr. 4,5)

Todo lo anterior lleva a pensar en que, realmente, no existe un instinto maternal, sino que ha sido una característica atribuida a través de los años a las mujeres para enmarcarlas dentro de lo que se supone hace una buena madre. Así como también que esto no corresponde únicamente a la mujer, ni a la mujer gestante, específicamente.

En la actualidad, la concepción de maternidad ha implicado una serie de cambios desde distintos ámbitos que se han dedicado a su estudio, es así como se tiene una idea de que, de una u otra manera, se ha liberado a las mujeres de la responsabilidad cívica de la maternidad, ya no hace falta que una mujer se convierta en madre para poder sentirse completa o realizada o adentrarse en la sociedad. Es importante acudir a la historia de este término para poder comprender gran parte de lo que se le había atribuido al asunto del instinto maternal, así se tiene entonces que, al principio madres traían niños al mundo, pero no se hacían cargo de ellos, incluso dependiendo de su posición económica, esta responsabilidad era delegada a nodrizas, nada muy alejado de nuestra cotidianidad. Luego, se empieza a buscar la manera de que haya un acercamiento, que exista afecto, lactancia, pero aun así resulta complejo conseguirlo, hasta que se inscribe en la sociedad la definición de “buena madre”, aquella gran responsable de la felicidad y el bienestar de sus hijos.

Rousseau, Freud, definían a la mujer “normal” como aquella con un sentido profundo de abnegación y sacrificio. Pero aparece en los años 80’ una autora que va a entrar a preguntarse sobre esto, Badinter cuestiona ese retrato de mujer dotada desde la cuna del instinto de la maternidad que provoca en la madre la dedicación, la paciencia y un amor sin límites, tal como ese instinto que parecía le había sido dado a Piedad Bonnett en su libro cuando hace un viaje a su pasado:

Y revivo el nacimiento de Daniel entre el agua, la luz tenue de la sala de partos, la música, el pequeño cuerpo todavía atado al cordón umbilical colocado cuidadosamente sobre mi pecho para que pudiera acariciarlo y besar su cabeza aún embadurnada: toda una escenografía con aire de nueva era, un poco sentimental, un poco cursi, planeada para que su ingreso a este mundo fuera un tránsito dulce; y

pienso en tanta ternura y tanto cuidado derrotados por las sombras desquiciadas del miedo y de la muerte. (Bonnett, 2013, p. 21)

Sin embargo, Badinter diría que parte de esos sentimientos, de esa espera tan “cursi” como también lo llama Bonnett, tendrían parte de una herencia moralista y filántropa, pues la abnegación no será algo que se adquiriera siempre en una sociedad, aunque ésta la considere un hecho natural, la mujer que se aleja de ese instinto maternal, de ese instinto no desnaturalizado por la cultura, será siempre una mala madre, llevando a cuentas la culpabilidad que ha transmitido este mito.

Actualmente, son muchas las mujeres que han optado por prescindir de la maternidad como un estilo de vida, sin embargo, no dejan de ser presionadas socialmente para que cambien de idea. La maternidad es algo que desde tiempo atrás ha sido atribuida como parte esencial de una mujer, ¿qué pasa con aquellas que no se unen a esta mentalidad colectiva?

En los párrafos anteriores se abordaba este asunto dentro del mito que hace alusión al instinto maternal, ahora bien, como dice Tubert (1993) citado por Ávila (2005, p. 117), si la maternidad fuera una vocación natural e instintiva, no harían falta los mecanismos de presión para “meter en cintura” a las mujeres que voluntariamente eligen abortar y/o no querer ser definitivamente madres, y que ponen en cuestión los estereotipos referidos a unos roles sexuales que se convierten en garantes de una supuesta “identidad sexual femenina”.

Es por ello que para las mujeres que han tomado la decisión de no ser madres, aún en nuestros días, todavía desde el lenguaje no ocupan un lugar, se hace referencia a ellas como personas egoístas, frías, que no gustan de los niños. Qué contradictorio resulta este asunto, sobre todo, si se trata de una mujer que está rodeada de niños/as todo el tiempo, aún la misma familia se empeña en expresar la importancia de traer un bebé al mundo, argumentando que son el bastón para la vejez, que sin hijos hay soledad eterna.

La situación empeora cuando se topa una mujer con deseos de ser madre y una que, por el contrario, no aspira a ello, no es posible comprender esta dualidad, es como si se tratara de una injusticia, ella no quiere lo que yo quiero, y viceversa, como si la culpa de lo que le ocurre a una fuera de la otra, como si a cada quien no le correspondiera la responsabilidad de su propia vida y, entonces, debiera buscarse culpables por todas partes.

Algo parecido ocurre cuando una mujer quiere optar por un trabajo que implique la presencia de niños/as a su alrededor, por ejemplo, si busca empleo como niñera, maestra de primera infancia o aún de empleada doméstica, se escuchan preguntas como: ¿cuántos hijos tienes?, ¿tendrás hijos en algún momento?, ¿cómo vas a encargarte de un niño tan pequeño si ni siquiera tienes uno propio?, ¿qué sabes de ellos? Como si la formación no tuviera importancia, como si lo que realmente valiera fuera la experiencia de la maternidad como garantía de que será una buena mujer ejerciendo el cargo al que aspira.

Es así como elegir ser mujer en total plenitud, teniendo en cuenta que en términos de Lacan, la mujer es no toda, no toda madre, no toda mujer, a veces pareciera un castigo autoimpuesto, pese a que constantemente se hable de igualdad de género, de avances con relación a la temática, todavía no es bien vista una mujer que quiera dedicarse únicamente a ejercer su profesión, construir otro tipo de sueños, es como si para estar completa, todavía fuera necesaria la maternidad, y pobre de aquella que haya elegido ambas opciones, pero falle en una, algo que podría converger con la situación de Bonnett en su libro “Lo que no tiene nombre”, ella ha elegido ambas, pero su hijo ha decidido suicidarse, ¿es acaso su culpa?, ¿en qué falló?, ¿qué hizo falta?, ¿por qué no se dio cuenta que eso ocurriría? Son preguntas que le aquejan.

Ella, probablemente, estaba convencida de que el amor, la protección, escucha, el apoyo que brindaba a su hijo era suficiente, pero es posible evidenciar la culpabilidad que siente por elegir ser madre y mujer al mismo tiempo en la siguiente escena:

Fue a media tarde, por una llamada que recibí de Renata, que me enteré de que este había fallado en el examen de contabilidad. Ese amargo contraste entre el éxito obtenido por mí y su fracaso me hizo doler el alma. Me esforcé, cuando logré

comunicarme con él, en minimizar el hecho, en burlarme de la contabilidad, en hacerle ver que ni aun así iba a perder la materia. (Bonnett, 2013, p. 111)

Esta ambivalencia entre su éxito y el fracaso de su hijo causaba dolor, como ya lo decía anteriormente, es algo así como si la culpa de que a algunos no les vaya como esperan fuera del otro por lograrlo.

Entonces, volviendo a Badinter y realizando una mirada regresiva hacia la construcción de maternidad, se evidencia que este asunto no es algo nuevo, durante mucho tiempo la mujer tuvo la opción de despojarse de su papel materno sin que se le condenara moralmente. Más adelante ese hecho fue motivo de desprecio o compasión por las mujeres que no podían tener hijos, y de apocamiento para quienes habían decidido que no querían tenerlos.

En la actualidad, cada vez más mujeres optan por construir un proyecto de vida en el que no están incluidos los hijos, es una decisión que toman de manera consciente, meditada y, en su mayoría, definitiva. Este grupo ya no ciñe la femineidad a la maternidad, creen que es completamente posible ser una mujer realizada, triunfadora sin tenerlos, algo que difiere con la imagen tradicional de la mujer.

Además, esta autora entra a recordar que a lo largo de la historia los hombres no han tenido que cargar con la misma mala fama y el rechazo que ha pesado sobre las madres “malas”, es claro que en el inconsciente colectivo la idea de la crianza sigue siendo un asunto solo de mujeres, incluso si se piensa en el ejemplo de un jardín infantil, allí quien pregunta por el proceso de su hijo/a es la madre, usualmente, y rara vez lo hace el padre, de hecho está tan marcada esta concepción que el mismo personal docente prefiere mantener contacto con la mamá y evitarlo con el padre, pues es quien se encarga de otro tipo de cosas, tales como el pago de la mensualidad, la compra de los uniformes, etc.

Para Badinter, cuando se aborda el tema de la maternidad se debería considerar la función biológica de la procreación, pero también la función biológica de la crianza y de la educación; muchas de las mujeres que terminan su etapa reproductiva sin descendencia

pueden verse igualmente involucradas en procesos de crianza, de hecho como se planteaba en párrafos anteriores, algunas están relacionadas de manera directa con este asunto y han elegido por sí mismas no ser madres por lo cual existe, aún en nuestros días, la necesidad de socializar la crianza como algo colectivo, acontecimientos que también narra la literatura en obras como: *Apegos feroces* de Vivian Gornick.

ESCRITURA LITERARIA: SOPORTE DE LA MEMORIA Y EXTERIORIZACIÓN DE LA EXPERIENCIA MATERNA

“La ausencia era eso. Un lugar que uno conoce y recuerda de memoria, como si fuera una foto, donde uno falta. (...) El mundo exterior existe si podemos recordarlo, pensó de golpe sin entender muy bien lo que quería decir. Las evidencias son la única verdad”.

Ricardo Piglia

La maternidad, como se dijo en el capítulo anterior, es un asunto que atañe a todos los seres humanos, durante mucho tiempo se han construido una serie de representaciones sociales alrededor de este concepto, por ejemplo, es común escuchar que una “buena madre” es aquella cariñosa, servicial, dispuesta a dar todo en pro del bienestar de sus hijos.

Ahora bien, comprendiendo un poco acerca de cómo se ha construido en la cultura el asunto de ser madre y la carga psíquica que representa para el ser humano, surge otro cuestionamiento, uno que, seguro, se han hecho miles de personas, incluso la autora Piedad Bonnett en su libro *“Lo que no tiene nombre”* lo hace, ¿cómo se les llama a aquellas mujeres que han perdido un hijo? A su vez, ¿cómo determina este suceso la experiencia de maternidad y la forma de posicionarse en el mundo?

Cuando alguien ha perdido a sus padres se les conoce como huérfanos, si pierden su empleo, desempleados, y así sucesivamente, pero cuando alguien pierde a ese ser que dio a luz o que adoptó como parte de sí misma, ¿qué nombre podría recibir? Es una pregunta que no tiene respuesta, porque, como lo indicará ella, deja un vacío tan grande que no es posible darle una nominación.

En relación con esto, también quedan entonces los recuerdos de aquello que fue y ya no, aquí empieza a tener lugar el asunto de la memoria. Existen madres que vieron morir a sus hijos después de haber compartido con ellos algunos años, otras, simplemente,

tuvieron que hacerlo en el momento de alumbramiento o durante su embarazo vivieron un aborto espontáneo. Se convierte en una situación que pasará a ser parte de un presente vivo de la conciencia. El *Dasein* tendrá lugar en un pasado que es ya-ahí antes que él, la madre desconocía que viviría esa pérdida, pero era algo que tendría que pasar porque así estaba estipulado, por decirlo de alguna manera, ahora lo ha heredado, ha accedido a él, es justamente como fue en otros días, como lo imaginó en otro momento, pero completamente distinto, su idea de un futuro pasado fue mucho mejor de la realidad que está viviendo y que solo al ser exteriorizada garantizará la liberación de su memoria y, por ende, su conservación.

Por ejemplo, Piedad Bonnet exterioriza su experiencia por medio de la escritura literaria, ésta pasa a convertirse en el soporte del registro de su pasado, la manera en la que podrá acceder a él; otras mujeres acuden a una fotografía, es decir, la lógica del suplemento actúa acá, esa pérdida, ese no saber qué se es ahora, esa desorientación genera que, como lo plantearía Jacques Derrida, la vida del hombre, del ser humano se haga consciente de sí misma, por lo que requerirán de la técnica que ayudará primero a tener un suplemento de la carencia. Lo que distinguirá al ser humano de otras especies será precisamente la capacidad que se tiene de hacer una transmisión a las nuevas generaciones, aunque alguien se enfrente a la muerte u otro tipo de situaciones, está la posibilidad de la cultura y de una herencia.

La maternidad en todas estas mujeres ha vivido su proceso de transformación, ha accedido a la verdad; el cuerpo, los sentidos y los gestos que hacen parte del mismo, estuvieron presentes en cada momento, un cuerpo que se inmovilizaba ante la incertidumbre, ahora es un cuerpo que se moviliza y al que se reconoce como propio.

El cuerpo habitualmente pensado como una cosa sólida, de carne y hueso, es aquí más bien un cuerpo hablado, un cuerpo del que se dicen cosas, un cuerpo atravesado por los dichos y los deseos de las personas cercanas que impactan sobre él y lo recortan, lo tallan como trazos de un cincel, un cuerpo conversado cuya estructura puede ser recuperada tan solo a partir de los relatos del sujeto sobre él. Si no fuese gracias a los significantes que se inscriben sobre él, el

cuerpo no sería en realidad más que una especie de vacío intangible. (Conde, 2016, p. 12)

En este sentido, el sujeto no es sin el cuerpo, los fenómenos de angustia perfilan la presencia inminente de algo intolerable, donde la ausencia de palabras lleva a actos desesperados sobre el cuerpo. Parafraseando a Freud (1929) en *El malestar en la cultura*, él observaba un doble origen de la angustia, diciendo que la angustia del individuo es provocada bien por la amplitud del peligro, bien por la suspensión de los lazos afectivos. Se tienen entonces dos estratos del miedo: la angustia que produce el vínculo con los otros y al mismo tiempo la angustia que produce la falta del otro, el “desamparo”. Así pues, es viable pensar en la posibilidad de que en estas mujeres que habían asumido la maternidad empiecen a presentarse una serie de situaciones que dan cuenta de esa angustia que les genera la dualidad que empiezan a vivir, no saber en qué posición pararse, inicialmente, pues su cotidianidad ha sido violentada, se formaliza así la relación entre las emociones y la memoria del cuerpo. De este modo, como lo mencionaría Leroi-Gourhan (1998) en su idea de exteriorización se ha generado un proceso de exudación de los huesos, lo primero que agarrará la memoria es lo que va a tener más cercano el esqueleto, el primer soporte, lo que va a persistir hasta el final, de principio a fin, trascendiendo tiempo, espacio e incluso la presencia física. Así, Betancourt (2004) dirá que:

“La memoria está, pues, íntimamente ligada al tiempo, pero concebido este no como el medio homogéneo y uniforme donde se desarrollan todos los fenómenos humanos, sino que incluye los espacios de la experiencia.” (p.4)

Es decir, para que haya un recuerdo primero debe ocurrir a ese sujeto, pasar por su cuerpo, atravesarlo, hacer parte de su singularidad, construirse en memoria individual, después éste se situará como una especie de línea fronteriza que separa entre la construcción psíquica propia y la colectiva.

Lo anterior, supone al cuerpo como el primer suplemento o soporte de la memoria, una madre que ha perdido a su hijo, seguramente, para hacer frente a este duelo, deberá vivir su propia experiencia, a partir de la misma creará otras maneras de relacionarse con su

entorno, de volver a su memoria y revivir lo que antes fue su futuro y ahora es su pasado, pero es importante recordar, desde la perspectiva mitológica, que gracias al pecado de Epimeteo, el ser humano ha heredado la posibilidad de olvidar fácilmente algunos sucesos, por lo que ya habrá que buscar otra manera de prolongarlo en el tiempo, ahí aparece otro soporte, se trata de la técnica, entonces lo que se escriba, como diría José Luis Pardo (1991), vivirá en la escritura, por lo tanto, lo que se retrate o dibuje quedará en la imagen. Sin embargo, a propósito de la repetición épocal, Pardo también indagará por el sentido que tiene una imagen, a ello le agrego el sentido que podría tener cualquier otro soporte de la memoria, como es el caso de la escritura literaria que aquí atañe al relacionarla con la maternidad. Afirmará entonces:

Si puedo atribuir sentido a lo que veo es porque lo inserto en una historia — la mía— y lo relaciono con otras imágenes anteriores en virtud de las cuales deviene significativa. Todo sería completamente distinto si el edificio fotografiado fuese tan diferente, tan singular y original que ni siquiera pudiera yo asegurar que se trata de un edificio. (p.3) Entonces, para poder dotar de significado lo que ocurre es posible decir que, Gourham (1998) casi que invita a no perder esa capacidad de repetición épocal, la capacidad de volver a eso que ha sido decantado porque la velocidad al tiempo que vamos no lo permite.

Ahora bien, la cita a seguir que ya se empleó con anterioridad permitirá ver de una manera más clara el asunto del cuerpo como primer contenedor de la memoria materna, pero también llevará a que se dé lugar a la cuestión que atañe en este capítulo, la experiencia madre e hijo/a como determinante en la búsqueda de un lugar en el mundo.

Y revivo el nacimiento de Daniel entre el agua, la luz tenue de la sala de partos, la música, el pequeño cuerpo todavía atado al cordón umbilical colocado cuidadosamente sobre mi pecho para que pudiera acariciarlo y besar su cabeza aún embadurnada: toda una escenografía con aire de nueva era, un poco sentimental, un poco cursi, planeada para que su ingreso a este mundo fuera un tránsito dulce; y

pienso en tanta ternura y tanto cuidado derrotados por las sombras desquiciadas del miedo y de la muerte. (Bonnett, 2013, p. 21)

Se tiene entonces que la interacción madre e hijo/a, como es sabido, se da desde el momento en que la mujer está al tanto de que hay una nueva criatura en su vientre, a partir de ahí pueden ocurrir dos situaciones principales, la mujer decide si lo acepta o lo rechaza, esto, a su vez, marcará la experiencia que ambos vivirán durante mucho tiempo. No es lo mismo una mujer que resulta embarazada como producto de una violación que alguien que planeó durante muchos años la llegada de ese ser a su vida.

Así mismo, la maternidad acarrea otro tipo de situaciones, por ejemplo, existen quienes dedican su vida a ocupar este rol por completo, incluso dentro de este mismo grupo es posible nombrar a aquellas que no requieren de un vínculo de sangre que las una, tal como en el caso de las madres adoptivas, el mundo gira alrededor de su hijo/a, centran tanto su atención que olvidan que antes de esto ya tenían una vida propia, están también aquellas que tenían claro su deseo de vivir por encima de lo que fuera, que evitan ser madres incluso con un bebé propio en sus manos, y podría ubicarse un grupo más: aquellas que están dentro del ideal, quienes han sabido ser madre y mujer al mismo tiempo, pero cabe mencionar que, esta última, es una relación compleja de mantener siempre.

Partiendo de allí, Piedad Bonnet se movía en este último grupo, una vez que recuerda cómo se ha dado el nacimiento de su hijo Daniel, permite al lector evidenciar cuánto deseaba la llegada de su hijo, todo parecía planeado perfectamente, un parto en el agua, música acorde al momento, nada podía salir mal, tal como ella lo manifiesta se trataba de una escenografía con aire de nueva era, el amor y la ternura estaban allí mediando ese suceso. Es la madre cariñosa, servicial, aquella perfecta dentro de una concepción de “buena”, como se dijo en otra ocasión. Y con el pasar de los años fue permeándose por eso otro que también era, una mujer, por lo cual su vida como escritora no se vio truncada.

Sin embargo, en esa experiencia entre ella y Daniel como madre e hijo se presentan una serie de eventos fortuitos que van dando pautas acerca de cómo cada uno de ellos va ubicándose, a partir de esa relación, en un lugar en el mundo.

A los dieciocho años Daniel entró a estudiar Arte. Desde hacía ya bastante tiempo que el dibujo y la pintura eran su pasión, y por eso durante su bachillerato tomó clases con un maestro y asistió durante dos veranos a estudiar en The Art Students League de Nueva York. Alguna vez, a su regreso de uno de esos cursos, nos contó, entre burlón y ufano, que muchos de sus compañeros, todos mayores que él, lo rodeaban a menudo mientras pintaba, admirados de su destreza. (Bonnett, 2013, p. 22)

Ese fue solo el inicio de su carrera, una carrera que parecía prometer muchísimo, pues como lo describe su madre en el libro, era impresionante observar en sus dibujos contención, fuerza comunicativa, el fino límite entre la emotividad de los temas y el rigor de la técnica, sus obras a menudo estaban transmitiendo al público lo que él deseaba, pero solo un año después empieza todo este asunto del acné, aquel que se cree hizo explotar su trastorno esquizofrénico, primero tendrá que lidiar con su aspecto físico, algo que puede ser aterrador en la vida de un joven a su edad, así que su mamá está dispuesta a apoyarlo, a buscar con él una salida a ese problema que, a simple vista, no parece tan complejo, acuden a varios lugares en busca de asesoría.

(...) y al final nos rendimos a una droga altamente peligrosa, que pone en riesgo el hígado y por lo tanto lo obligaba a exámenes periódicos. A medida que su piel se transformaba, se enrojecía, se descascaraba, Daniel se hundía en la oscuridad de la depresión. La puerta de su habitación empezó entonces a cerrarse sobre su angustia, el teléfono dejó de sonar, las rutinas parecieron volverse insostenibles. (Bonnett, 2013, p. 48)

Luego de todo esto, al mismo tiempo que Daniel se hundía en sus problemas, su madre era atormentada por no saber cómo ayudar a su hijo. Más adelante Piedad va a relatar que le duele recordar el horrible parloteo del universo en los oídos de su hijo, allí

empezará también a sentirse culpable de su situación, aparece de nuevo el reclamo frente a su ejercicio como escritora, ese rol de mujer, además de madre, algo que para ella resulta favorable, para él es completamente irritable, desconcertante, entonces, lo que para ella había sido siempre un gozoso ejercicio de inmersión en la realidad, es decir, escuchar que el mundo le hablara, para él en su cabeza era una tortura infernal, fuente de miedo; esto, por supuesto, le causa sufrimiento, pues las experiencias son tan diferentes y los introducen en la búsqueda de un lugar en el mundo de manera distante.

Así pues, aunque los uniera un vínculo materno que le permitiera a Piedad saber si su hijo sufría, estaba enamorado o contrariado con el mundo, llegó un momento en que este dichoso vínculo no parecía muy útil, Daniel va volviéndose cada vez más lejano a ella, parece que ha decidido inscribirse en su propio mundo, ya ni siquiera le interesa relacionarse con otros, pero ocurre algo importante con su muerte, en la búsqueda de Piedad por responder a la pregunta de quién era su hijo, vuelve a observar sus cuadros, nota que, incluso desde los diecisiete años, estos reflejaban no solo su naturaleza hipersensible, sino también como lo dirá ella, la plasmación simbólica de su angustia, un sentido trágico del mundo,

En el 2000, con sólo diecisiete años, y sin ningún signo de enfermedad, recrea el tema de la soledad y presenta la autodestrucción como una salida. Con su letra menuda, más bien feúcha, escribe en el Art Book que debe presentar en su colegio: Nos creamos ideas y mitos para poder esconder esa idea desoladora, esa pregunta sin respuesta, el hecho de que no tenemos un propósito en la vida; por ello nos inventamos las religiones, los seres superiores, para poder justificar nuestra existencia. La soledad nos ataca, nos mata, lleva a la gente a la desesperación, al suicidio. (Bonnett, 2013, p.54)

Esta autora continuará narrando cómo fue la experiencia madre-hijo entre ambos, durante la adolescencia había casi que una relación llena de complicidad afectiva, pero que poco a poco él optará por ir rompiendo, creando en ella la necesidad de buscar otras maneras de estar presente, opta entonces por algo que llamará “amor medular” que no

necesitaba de palabras: existía silencio, una que otra caricia y con eso le era suficiente, seguía aconsejándolo acerca de su forma de vestir para ir a una entrevista o una cita amorosa, aunque la relación se hubiera enfriado, de cierto modo, él todavía parecía depender de su madre para tomar cierto tipo de decisiones, para hallar esa seguridad que usualmente perdía.

Con todo eso, retomando a Larrosa (2006) al hablar de experiencia, se traerán a colación varios principios, entre ellos el principio de exterioridad, afirmando lo siguiente:

No hay experiencia, por tanto, sin la aparición de un alguien, o de un algo, o de un eso, de un acontecimiento, en definitiva, que es exterior a mí, extranjero a mí, extraño a mí, que está fuera de mí mismo, que pertenece a mi lugar, que no está en el lugar que yo le doy, que está fuera de lugar. (p. 44)

Así pues, A piedad la muerte de su hijo le ha ocurrido, se trata de un suceso que no estaba bajo su control, pero que de una u otra manera terminará convirtiéndose en experiencia, esa que, a su vez, terminará transformándola, ahora ya no sabe cómo se le puede denominar a ese sentimiento, pero sí sabe que ha vivido una pérdida, se siente sensible, vulnerable, incluso se percibe en esa búsqueda de respuestas por tratar de entender quién era realmente Daniel, que ha habido una transformación de sus ideas, de sus representaciones, ella se cuestiona acerca de qué lugar podía ocupar en la vida de él, hasta dónde pudo pensar en su madre antes de tomar la decisión de suicidarse, a menudo se preocupaba por las crisis que tenía que vivir su hijo, y, sin embargo, termina ocurriendo que se suicida.

Yo lo amaba, lo cuidaba, de esa manera elemental y sin embargo entrañable en que las madres amamos y cuidamos a nuestros hijos: Dani, no bajes las escaleras en medias. Te encargué el libro por Amazon. Mejor no llesves el carro. Te traje vitaminas. Ponte bufanda, no sea que te resfríes. ¿Quieres un sánduche? No dejes de comer verduras. Si quieres yo te ayudo a revisar el trabajo. ¿Te hago un masaje? Pero ningún amor es útil para aquel que ha decidido matarse. En el momento definitivo, el suicida sólo debe pensar en sí mismo para no perder la fuerza, una de

las razones para escoger ese final es que nuestro cariño le pese demasiado. (Bonnett, 2013, p. 119)

Durante la lectura del libro los lectores pueden evidenciar ese amor profundo y leal del que ella habla, ese apoyo constante a Daniel, toma lugar la experiencia en la medida que al final ella termina reflexionando sobre el suceso trágico, se ha visto obligada a salir de sí misma, ha afectado su subjetividad y comienza a indagar más allá de eso que ya era antes, de esa madre buena dentro de las representaciones sociales que existen, termina comprendiendo que quizás fue tanto cariño el que pesó sobre la decisión que tomó su hijo, aquí cada cual con base en su relación buscó un lugar para ubicarse en el mundo; él decidió, en cierto modo, hacerlo desde la idea de suicidio como una alternativa a sus problemas, ella, bien podría haberse quedado en el lugar de víctima, culparse por ello de manera permanente, pero en cambio opta por ir más allá, más adelante menciona cómo acude a la imagen de su hijo, cómo lo hace venir hasta donde ella está, lo abraza, le da un beso en la frente, acaricia su cabeza como hizo las veces en que le fue posible, le dice al oído que su opción fue legítima, pues según Piedad, es mejor la muerte a una vida indigna atravesada por el terror de saber que el yo, que es todo lo que somos, está habitado por otro.

Larrosa también propondrá otras dimensiones de la experiencia, la última, pasaje y pasión, es el movimiento mismo de la experiencia con el pasar de “eso que me pasa”, dirá entonces:

Si la experiencia es “eso que me pasa”, el sujeto de la experiencia es como un territorio de paso, como una superficie de sensibilidad en lo que algo pasa y en la que “eso que me pasa”, al pasar por mí o en mí, deja una huella, una marca, un rastro, una herida. De ahí que el sujeto de la experiencia no sea, en principio, un sujeto activo, un agente de su propia experiencia, sino un sujeto paciente, pasional. O, dicho de otra manera, la experiencia no se hace, sino que se padece. (Larrosa, 2006, p. 47)

Por su parte, Piedad en el último capítulo del libro narra a partir de la experiencia madre-hijo el duelo por la pérdida de Daniel, ha sido una vivencia estudiada por tantas personas, pareciera que todo sentimiento o reacción ya está catalogado, volvemos al inicio en el cual se comentaba de qué manera la memoria tiene lugar en cada evento y, por supuesto, cómo el cuerpo se convierte en ese contenedor de la misma, Bonnett aludirá:

Ahora sé que el dolor del alma se siente primero en el cuerpo. Que puede nacer de improviso, en forma de un repentino desaliento, de un aleteo en el estómago, de náusea, de temblor en las rodillas, de una sensación de ahogo en la garganta. O simplemente de lágrimas calientes que acuden sin llamarlas. (Bonnett, 2013, p. 123)

De este modo, es una experiencia que ha pasado por ella, la ha padecido y ha tomado otro significado, ha atravesado cada uno de sus huesos, ha hecho de ella otra mujer, otra madre. De hecho, ha propiciado que se dé lugar la necesidad imprescriptible de escribir sobre ello, aquí podría pensarse en cómo esa experiencia se ha vuelto una mediadora, un pretexto para la escritura, una que le ayude a perpetuar en la memoria el suceso vivido, al mismo tiempo que se convierte en un acto sanador, reparador.

Como lo diría Isak Dinesen “*se puede soportar todo el dolor si se pone en una historia o se cuenta una historia de él*”. Así pues, Piedad convierte la experiencia de la maternidad en un hecho digno de ser narrado, a partir de la muerte de su hijo, la escritura literaria, en esta ocasión, será también escritura terapéutica.

La palabra escrita tiene un poder especial en la sanación que supera a la mera reflexión interna. En el mundo de nuestros pensamientos nuestro lenguaje es instantáneo, inmediato, espontáneo, a menudo desordenado, no puede tacharse o borrarse, y está lleno de redundancias, ambigüedades y contradicciones. (...) Escribir nos obligará a pararnos, a organizar nuestras ideas, a ordenarlas y a fijarlas, ayudándonos a conquistar y gestionar nuestro mundo interior, que, por otra parte, podrá mostrarnos la entrada a esas zonas oscuras de nosotros mismos donde normalmente es difícil acceder. (Adorna, 2013, pp. 13-14)

Así pues, Piedad ante la pérdida de Daniel se ve obligada a parar, darse un respiro y tratar de encontrar respuestas frente a lo ocurrido, tratar de comprender las razones que llevaron a su hijo a tomar una decisión tan trascendental pese a que había momentos donde parecía amarse más que a nadie en el mundo, en ese alto por el camino, revela también que escribe su libro "*Lo que no tiene nombre*" como una manera de cambiar su relación con el Daniel que ha muerto, por otro, un Daniel reencontrado en paz, porque, finalmente, los muertos solo tienen la fuerza que los vivos les dan.

La escritora y madre terminará su libro de una manera tan serena, pero cargada de dolor que, a su vez, permitirá evidenciar que la escritura salva incluso sin proponérselo, a pesar de ser un fin en sí y no un medio para lograrlo, se convierte en la manera perfecta de exteriorizar experiencias, al mismo tiempo que se perpetúan en la memoria tanto individual como colectiva.

(...) Ahora, pues, he tratado de darle a tu vida, a tu muerte y a mi pena un sentido. Yo he vuelto a parirte, con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria. Y lo he hecho con palabras, porque ellas, que son móviles, que hablan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba. Son la poca sangre que puedo darte, que puedo darme.
(Bonnett, 2013, p. 131)



VIAJE A LA MEMORIA MATERNA

COLECCIÓN DE RELATOS

Fue un ejercicio de creación literaria que solo se menciona, pues la autora ha decidido no dejarlo en el repositorio de la universidad, de manera que pueda fortalecerlo y considerar la posibilidad de publicarlo más adelante.

Las ilustraciones que acompañan el texto fueron tomadas de la página de búsqueda libre:
<https://www.pexels.com/es-es/> por Laura Milena Cristina Villa (Diseñadora).



A QUIENES SE HAN REPLANTEADO LA IDEA DE MATERNIDAD

“En ciertos aspectos admiraba a mi madre, aunque las cosas entre nosotras nunca eran fáciles. Yo sentía que ella esperaba demasiado de mí. Esperaba que yo reivindicara su vida y las elecciones que ella había hecho. Yo no quería vivir mi vida según sus términos. No quería ser una hija modelo, la encarnación de sus ideas. Solíamos discutir por eso. No soy la justificación de su existencia, le dije una vez”.

Margaret Atwood

Estar junto a su madre era una manera de morir cada vez un poco más,

Sin lugar a dudas, una muerte silenciosa.

Cada día, al terminar, le dejaba un sinsabor,

Deseaba una próxima vez, pero una diferente,

Que algún día ella tuviera la osadía de defenderla,

De demostrarle su amor materno, pero sabía que su deseo era imposible.

Eso en el fondo la llenaba de tristeza, la devolvía a la soledad,

Le recordaba por qué no la debía amar, por qué no debía amar la maternidad.

No debía amarla porque su madre había sido

Algunas veces una amante bohemia,

Y otras, una enamorada del amor, pero no del amor por ella,

Sino por sus otros hijos.

Tal vez no estaba hecha a su medida, eso creía,
tampoco para hacer parte de esa familia,
pero el destino insistía y ella no se rendía.

Probablemente, algún día, estos infortunados desencuentros terminarían,
Cada una continuaría con su vida, y la paz, la tranquilidad que un día,
Por el solo hecho de nacer, sentía que había perdido,
Volverían a reinar.

De nada servía hacer mil cosas bonitas por su madre,
Estar siempre que la necesitaba, porque aquella mujer era un poco egoísta,
Algo tenía de narcisista,
Nunca lograría ver en ella la belleza de su ser.

Si durante su niñez contempló la idea de ser madre,
La experiencia de la relación con aquella que le fue otorgada por el universo,
Le había hecho replantearse, podía elegir la maternidad, claro que sí,
Pero no como la tradición le había enseñado, no dando a luz, sino convirtiéndose
En esa estrella que iluminaba la vida de aquellos a quienes la ausencia de una madre
Les oscurecía el camino.

Voy a estar contigo siempre, no importa cuántos sacrificios me cueste, tu presencia es lo más importante para mí, ahora que has llegado a mi vida te has convertido en su razón de ser.

¿Qué es una buena madre? Si una buena es aquella que protege, acompaña, como se ha creído durante mucho tiempo, ¿qué sucede con la que permite a sus hijos experimentar la vida por sí mismos? Habría que retomar el asunto de amor materno en el cual Miller (2005) aborda el niño entre la mujer y la madre como ese sujeto que “colma o divide”, de esta manera dirá lo siguiente:

Cuanto más colma el hijo a la madre, más la angustia, de acuerdo con la fórmula según la cual lo que angustia es la falta de la falta. La madre angustiada es, de entrada, la que no desea –o desea poco, o mal– como mujer. Se les suele negar la perversión a las mujeres, porque la clínica reserva a los hombres la alienación de su deseo o la encarnación de su causa en un objeto fetiche. Pero eso sería no ver que la perversión es, en cierto modo, normal por parte de la mujer: es lo que se llama amor materno, que puede llegar hasta la fetichización del objeto infantil. Resulta conforme con la estructura que el niño, como

objeto de amor, no pida sino asumir la función de velar la nada que es, cito, "el falo en tanto que le falta a la mujer". (párr. 19,20) Es así como este amor marca la relación madre/hijo, en el sentido que, si el niño termina por convertirse en su fetiche, dejará de ser normal cuando se ha convertido en su todo, como lo decía anteriormente, puede colmar o dividir, he ahí la importancia de distinguir entre ambos asuntos y hacerse la pregunta con la que comienza este apartado, porque una buena madre es también aquella para quien el hijo no lo es todo para su deseo maternal.

A lo largo de mi existencia me he cuestionado sobre el asunto de la maternidad, de hecho, en mi experiencia como docente en primera infancia he podido ver distintos rostros del proceder materno. He visto a algunas mujeres más tristes que el propio niño/a, quien también se sentía así por el cambio de realidad que estaba experimentando, pasaba de estar junto a su familia para llegar a un lugar desconocido; a estas madres el corazón parecía rompérselas en mil pedazos, sus pequeños/as estaban creciendo, ya no eran tan dependientes, estaban listos para emprender su propio vuelo, pero el temor, la angustia al no sentirse necesitadas también truncaba esa libertad de aquel fruto de sus vientres, un niño/a que antes ingresaba feliz al jardín, unos días después se contagiaba del sentir de su madre, empezaba a pedir a gritos que no lo soltaran, como si el cordón umbilical hubiera surgido de nuevo, un lazo fuerte fomentaba el apego. Era triste ver que esto ocurriera, al menos para mí, sentía que se trataba del claro ejemplo acerca de cómo el amor a veces daña, aún sin proponérselo.

Por otro lado, evidenciaba un tipo de madres, unas que parecían más decididas, tal vez aquellas que practicaban la idea acerca de que el amor es libertad, dejar ser al otro, estas mujeres fingían fortaleza ante sus hijos, aunque por dentro estuvieran desmoronadas, pero fue este tipo de niños/as a quienes les resultó más fácil el proceso de adaptación, como si encontraran en sus madres seguridad, palabras de aliento, la certeza de que al terminar la jornada volverían, estarían para ellos de nuevo.

Claro que es difícil para una madre separarse de sus hijos, pero lo es mucho más cargar con el precio de cortar sus alas, así que vuela, vuela pequeño mío, estaremos orgullosos de ver que te conviertes en quien elijas ser.

Presencié otro grupo, el de las que parecían “despreocupadas”, aquellas a quienes parecía que nada importaba, la analogía puede sonar muy fuerte, pero dejaban a sus niños/as en la puerta del centro infantil como se deja una bolsa de basura en el lugar que ha sido designado para que un camión pase y se haga cargo de esta. Sí, esas madres ni siquiera se despedían, no había un gesto de amor, solo se les escuchaba decir: “entre, entre rápido que me tengo que ir”, una vez que alguien recibía al niño/a aquellas mujeres desaparecían como por arte de magia.

Un día cualquiera desapareció, sentí el mayor de los quebrantos, la diferencia era que no me extrañaba su ausencia, a esa ya estaba acostumbrado, me extrañaba la frialdad de su ser, si no quería ser madre, ¿por qué nos trajo a este mundo?, nosotros no pedimos nacer, ¿ahora qué será de mí?, ¿cómo se supone que sobreviva para luchar por otro ser cuando ni siquiera deseo hacerlo por mí mismo?

Y, además, había que dar gracias al universo si es que regresaban por ellos, pues a menudo era necesario llamarlas a recordarles que el horario de atención había culminado, respuestas como: “¡Ay, profe, qué pena!, se me había olvidado”, “Profé, téngamelo un rato más que voy a buscar quien va por él, yo estoy muy ocupada”, eran muy comunes. La pregunta que surgía era: ¿realmente quieren a sus hijos?, ¿habían sido planeados, deseados? El comportamiento de los niños/as bien podía ser la respuesta a un abandono al que cada día eran sometidos; algunas veces agresivos, prestos de atención, otras veces retraídos y solitarios, pero rara vez aquellos se destacaban por un liderazgo positivo, así que ni culpa tenían, todo era un grito de auxilio, ahora la tarea era de la profesora, si no ¿de quién más? Nadie daba un peso por ellos, no había con quien contar, así como por arte de magia sus madres desaparecían, como si se tratara de un sortilegio, yo dejaba de ser docente para ocupar un rol que no me correspondía, evidenciando que, algunas veces, la maternidad no está ligada a los lazos de sangre ni al hecho de llevar un bebé en tu vientre durante nueve lunas.

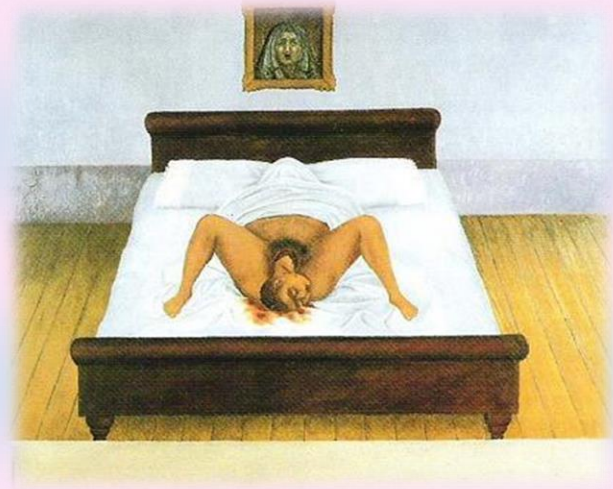
¿Cuántas mujeres, así como Frida Kahlo, han deseado ser madres y no se les ha otorgado este don? Han padecido cada segundo de sus vidas esa negación dada por alguna divinidad, mientras otras pueden serlo y deciden relegar su responsabilidad, pareciera que aquella deidad se ensaña contra ellas o, será acaso que conoce tan bien el futuro que les está otorgando otra oportunidad de vivir diferente, y, tal vez, librando a esos seres de venir a padecer lo que otros ya han tenido que soportar, no lo sé, solo sé que estas imágenes me convocan a suponer la realidad de ellas.²



“En Henry Ford Hospital (1932) aparece Frida llorando la interrupción de su embarazo, presagio de una maternidad negada.”

² Imágenes tomadas de: Yolanda. (31 de octubre de 2019). *Frida Kahlo y La Catrina. La unión de dos iconos del arte mejicano*. Arte y algo más. Recuperado el 9 de agosto de 2020 de: <https://artevalgomas.com/2019/10/31/frida-kahlo-y-la-catrina-la-union-de-dos-iconos-del-arte-mejicano/>

“Mi nacimiento (1932) aparecen sobre una cama dos personajes inanimados (una madre dando a luz y una Frida bebé-adulto), mientras una Dolorosa apuñalada es testigo del drama escenificado.”



En Recuerdo los ríos de sangre corren a los pies de Frida-barco que desea alejarse del sufrimiento que parte su corazón.

Después de haber tenido este tipo de vivencia con la maternidad, y luego de que surgieran tantas inquietudes al respecto, nació en mí el deseo de empezar un nuevo ejercicio que, a su vez, lo posibilitó este trabajo de grado, consistió en acercarse a otras personas para escuchar cómo había sido la relación madre/hijo, aquello permitió que la creación literaria se convirtiera en ese soporte de la memoria, y al mismo tiempo, en la manera de exteriorizar la experiencia materna, una muestra de ello está en el encabezado de este cierre donde se contempla el sin sentido y también el sentido del proceder materno, la extranjería de aquellos hijos/as que no logran sentirse cercanos a su madre, su voz interior y sus anhelos. Del mismo modo, el ejercicio creativo “*Viaje a la memoria materna*”, fue propuesto y conformado por una serie de relatos cotidianos que animen al lector a sentirse un poco identificado, a la vez que se cuestione acerca de cómo la construcción de maternidad ha

perpetuado las representaciones sociales y la repetición de acciones sin ser conscientes de ello.

Así mismo debo decir que la literatura se ha convertido, en esta ocasión, en una especie de escritura terapéutica, en la medida que me ha llevado a pensar qué de la maternidad realmente me inquieta, ha transformado mi experiencia, incluso desde la relación con mi propia madre, pues a veces como hijos se puede llegar a ser un poco ligeros para juzgar, pero lentos para tener empatía, comprender que el trato que recibimos es el trato que alguna vez ellas recibieron. Si bien existen mujeres dispuestas a buscar la manera de sanar, cerrar esos procesos, reinventarse, están también aquellas que no hacen el mayor esfuerzo y sin proponérselo terminan convirtiendo el hecho de ser madre en esa boca del cocodrilo que en ocasiones se come a sus hijos en el menor descuido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adorna, R. (2013). *Practicando la escritura terapéutica 79 ejercicios*. España: Editorial Desclée de Brouwer, S.A.

Ávila, Y. (2005). Mujeres frente a los espejos de la maternidad: *las que eligen no ser madres*. *Desacatos*, (17), 107-126. Recuperado de: <http://www.scielo.org.mx/pdf/desacatos/n17/n17a7.pdf>

Betancourt, D. (2004). *Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica: lo secreto y lo escondido en la narración y el recuerdo*. La práctica investigativa en ciencias sociales. Recuperado de: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/dcs-upn/20121130052459/memoria.pdf>

Badinter, E. (1989). *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Barcelona: Paidós.

Blanco, Y. (2020). *Frida Kahlo y La Catrina. México y su amor por la artista. Arte y algo más*. Recuperado de: <https://arteyalgomas.com/2020/10/31/frida-kahlo-y-la-catrina-mexico-y-su-amor-por-la-artista/>

Bonnett, P. (2013). *Lo que no tiene nombre*. Bogotá, Colombia: Editorial Alfaguara.

Conde, F. (2016). *El cuerpo más allá del organismo: el estatus del cuerpo en el psicoanálisis lacaniano*. Revista internacional de filosofía, vol. XXII- 2, 12. ISSN: 1136-4076
Recuperado de:
<https://revistas.uma.es/index.php/contrastes/article/download/4117/3843/>.

Freud, S. (1929). El malestar en la cultura. Librodot.com Recuperado de:
<http://www.afoiceeomartelo.com.br/posfsa/Autores/Freud,%20Sigmund/Freud,%20Sigmund%20-%20Malestar%20en%20la%20cultura,%20El.pdf>

Gibbens, S. (15 de mayo de 2018). *¿Es el instinto maternal exclusivo de las madres?* National Geographic. Recuperado de: <https://www.nationalgeographicla.com/historia-y-cultura/2018/05/es-el-instinto-maternal-exclusivo-de-las-madres>

Lacan, J. (1970). El seminario de Jacques Lacan: libro XVII: el reverso del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.

Lamus, D. (1999). Representaciones Sociales de Maternidad y Paternidad en Cinco Ciudades Colombianas. Reflexión política, 1-11. Recuperado de <https://revistas.unab.edu.co/index.php/reflexion/article/view/887>

Larrosa, J. (2006). Sobre la experiencia I. Revista Educación Y Pedagogía, 18. Recuperado de: <https://revistas.udea.edu.co/index.php/revistaeyp/article/view/19065/16286>

Miller, J. (2005). El niño, entre la mujer y la madre. Revista Virtualia, (13), 19-20.
Recuperado de <http://www.revistavirtualia.com/articulos/562/virtualia-13/el-nino-entre-la-mujer-y-la-madre>

Pardo, J. (1991). Sobre los espacios pintar, escribir, pensar. Barcelona: Ediciones del Serbal.
Recuperado de:
<https://fenomenologiaegeografia.files.wordpress.com/2012/11/josc3a9-luis-pardo-22sobre-los-espacios-22.pdf>

Puyana, Y., & Mosquera, C. (2005). Traer "hijos o hijas al mundo": significados culturales de la paternidad y la maternidad. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, párr. 10-11. Recuperado de
http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S1692-715X2005000200005&script=sci_arttext&tlng=pt

Stiegler, B. (noviembre de 1998). Leroi-Gourhan: Lo inorgánico organizado. *Les Cahiers de médiologie* (6).

Stiegler, B. (2002). *La técnica y el tiempo 2 La desorientación*. (B. Morales Bastos, Trad.) Euskal Herria, País Vasco, España: Hiru.

ANEXOS

A continuación, se presentan algunas fichas que fueron útiles para distinguir o delimitar el objeto de la investigación, cada una de ellas, por su parte, brindó insumos para, hacia finales del módulo, tener una descripción de este campo problemático, tanto desde los ámbitos de la percepción y la afección, como del pensamiento.

LA AFECCIÓN	LA EPISTEME
<p>CARICIA</p> <p>Madre, madre, tú me besas, pero yo te beso más, y el enjambre de mis besos no te deja ni mirar... Si la abeja se entra al lirio, no se siente su aletear. Cuando escondes a tu hijito ni se le oye respirar... Yo te miro, yo te miro sin cansarme de mirar, y qué lindo niño veo a tus ojos asomar... El estanque copia todo</p>	<p>BIBLIOGRAFÍA:</p> <p>Bonnett, P. (2013). Lo que no tiene nombre. Bogotá, Colombia: Editorial Alfaguara.</p> <p>López, M. O. (2017). Relación madre - hija: una perspectiva psicoanalítica ¿qué consecuencias psíquicas tiene para algunas mujeres la relación con su madre? [Tesis de maestría, Universidad de Antioquia de Colombia] Repositorio institucional UdeA. http://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/7245/1/LopezMaria_2017_RelacionMadreHija.pdf</p> <p>CITA TEXTUAL:</p> <p>Yo lo amaba, lo cuidaba, de esa manera elemental y sin embargo entrañable en que las madres amamos y cuidamos a nuestros hijos: Dani, no bajas las escaleras en medias. Te encargué el libro por Amazon. Mejor no lleves el carro. Te traje vitaminas. Ponte bufanda, no sea que te resfríes. ¿Quieres un sánduche? No dejes de comer verduras. Si quieres yo te ayudo a revisar el trabajo. ¿Te hago un masaje? Pero ningún amor es útil</p>

lo que tú mirando estás;
pero tú en las niñas tienes
a tu hijo y nada más.

Los ojitos que me diste
me los tengo de gastar
en seguirte por los valles,
por el cielo y por el mar...

Gabriela Mistral³

PERSONAJE

Madre: Gran parte de su vida la ha dedicado a sus tres hijos. Ha contado con el infortunio de conocer hombres que no le han servido de apoyo, por el contrario, han terminado siendo unos hijos más.

Su manera de vincularse con los otros ha sido por medio de la comida y el dinero, si ofrece esto, probablemente, mantendrá a la gente que quiere cerca.

para aquel que ha decidido matarse. En el momento definitivo, el suicida solo debe pensar en sí mismo para no perder la fuerza. Incluso, una de las razones para escoger ese final es que nuestro cariño le pese demasiado. (Bonnett, 2013, p. 119)

Refiriéndose al deseo de la madre, Lacan (s.f.) en el Seminario 17, El reverso del psicoanálisis, afirma: Cada vez más, los psicoanalistas se meten en algo que es, en efecto, demasiado importante, a saber, el papel de la madre (...) El papel de la madre es el deseo de la madre, esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. (López, 2017, p. 93)

ANOTACIONES: ¿Qué es ser madre? ¿Todas las madres aman y cuidan? ¿Hasta dónde el amor de una madre puede convertirse en algo aplastante y devorador? ¿Qué relación podría existir entre el amor sobreprotector de una madre y la detonación de un trastorno mental?

³ Mistral, G. (1924). Caricia. Recuperado de:

<http://www.gabrielamistral.uchile.cl/poesia/ternura/casiescolares/Caricia.html>

Por muchos años se caracterizó por ser una madre abnegada, soportó incluso golpes de su pareja, aceptaba sus infidelidades, aun cuando estas le causasen sufrimiento, la excusa para permanecer con ese hombre siempre fue procurar el bienestar de sus hijos.

A una de sus hijas la rechazaba, de manera inconsciente, un día su pareja llega borracho, accede violentamente a su cuerpo y queda embarazada. Pese a desear una hija de él como metáfora del amor que sentían, no fue la mejor manera de hacer realidad el deseo, esto permanece vivo en sus recuerdos, y la niña termina convirtiéndose en la culpable, a quien transferirá todo ese resentimiento.

Canción: Amor depredador – The mills
https://www.youtube.com/watch?v=M9MQggyV_wc

⁴

GLOSA: Leer la novela “Lo que no tiene nombre” me remite como lectora a contemplar varios asuntos, tal como lo pretende su autora, entre ellos la vida, la muerte y la literatura. Sin embargo, hay uno adicional, se trata de la maternidad que es el que procuraré abordar en este espacio.

A lo largo del texto literario, Piedad indaga por aquellas razones que pudieron detonar el trastorno mental de su hijo y, además, su suicidio, pero también es claro que se ubica en el lugar de madre, una que bien puede caber dentro de la concepción paisa de una “buena madre”; aquella que ama, cuida, protege, vela por el bienestar de su hijo.

Ahora bien, en la cita que retomo, la escritora finaliza lanzando una afirmación respecto a que el amor algunas veces pesa tanto que puede convertirse en una razón aniquilante.

Pero ningún amor es útil para aquel que ha decidido matarse. En el momento definitivo, el suicida solo debe pensar en sí mismo para no perder la fuerza. Incluso, una de las razones para

⁴ The mills. (19 de marzo de 2018). *Amor depredador*. [Video]. YouTube.
https://www.youtube.com/watch?v=M9MQggyV_wc

Años más tarde se separa, da lugar a la mujer que hay en ella, pero qué termina ocurriendo, pues bien, su maternidad se sobrepone, termina volcando su objeto de goce en ellos, aunque a veces se lamenta de estar sola. La enfermedad se convierte en la manera de vincularse, sobre todo, con su hija menor.

Esta se va de la casa para forjar su propio destino, sin embargo, resulta difícil, porque bajo la idea de tener un hijo que se convierta en el bastón para la vejez, esta mamá continúa recargando en ella dicha responsabilidad. Ahora ambas son madres, la relación se ha vuelto estrecha, tanto así que algunas veces esa hija adorada deja a su pareja solo para hacerle compañía a su madre. Hasta ahora el yerno no se ha convertido en un peligro, por eso lo acepta,

escoger ese final es que nuestro cariño le pese demasiado. (2013, p. 119)

Muchas veces ese amor sobreprotector, ese sentimiento que no permite ver que los hijos han crecido y deben vivir una vida propia, termina convirtiéndose en algo agobiante, aún sin que ese sea el propósito de la madre. La autora, a menudo se refiere a la palabra vientre, a que ha tenido que dejarlo nacer varias ocasiones, que ha sido un proceso doloroso, pero ¿hasta dónde es cierto que hubo una separación?

Por el contrario, podría decirse que permanecía en ella el deseo constante de mantener a Daniel aferrado a su vientre, de esa manera le evitaría peligros, podría tener todo bajo control, evitaría que su hijo sufriera cualquier tipo de comentarios discriminatorios o al menos esa era su intención. ¿Qué sucedía en su inconsciente? ¿Realmente buscaba protegerlo a él o protegerse a sí misma?

Al respecto, Lacan (s.f.) en su trabajo de grado, se refiere al deseo de la madre de la siguiente manera:

El papel de la madre es el deseo de la madre, esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a

porque sigue siendo ella lo más importante.

picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. (López, 2017, p. 93)

En este punto, puede decirse que Daniel estaba dentro de la boca de Piedad, era ese coche que lo arrastraba, pero que sin ser consciente termina cerrándose hasta aplastarlo o devorarlo. ¿De qué manera lo hace? Cuando decide que ella es omnipotente y la figura más importante en la vida de él, por lo tanto, debe estar presente en todo cuanto haga, se refiere a su hijo como si todavía se tratara de un niño que requiere excesivos cuidados, está ahí para él, mostrándose bondadosa, ayudando a empacar sus maletas, incluso decidiendo acerca de la ropa que debería llevar, acaricia su cabello, lo recuesta sobre su hombro, opina sobre sus pinturas.

Aun cuando ha muerto, manifiesta que quiere lo mejor para él, pero su inconsciente añora tenerlo de vuelta en sus brazos, naturalmente, la diferencia es que es tanta su obstinación que ante aquellas cosas que sabía que representarían un fracaso para él, se mostraba como aquella dispuesta a apoyarlo, deseosa de acompañarlo a lograr sus metas, pero, internamente, sabía que no funcionaría, que él regresaría y requeriría de ella todo el tiempo, no se lo expresaba, tal vez, escudándose en lo que podía detonar en él y su trastorno, pero podría ser que en ese ir y volver hubiera en ella cierto goce. ¿Recuerdan los mensajes por Skype? Están distanciados, pero ella insiste en estar presente, en que

él necesite sus abrazos, en que sea ella su lugar de refugio.

Es tanto el amor que recibe, que incluso podría indagarse en qué tan relacionado estaría ese hecho con la detonación de su trastorno esquizo-afectivo, ¿sería acaso, realmente, el medicamento para el acné? De hecho, hay un episodio en el que, en medio de sollozos, Daniel, confiesa que le asusta verse, reconocer sus limitaciones, acusa a sus padres, sobredimensiona cualquiera de sus palabras.

Ha caído en la boca del cocodrilo, ha sentido que esperan demasiado de él, en la medida que esperan que se comporte como un ser común y corriente, ha sido imposibilitado, inconscientemente, toda su vida. La madre se ha encargado, probablemente, de dañar a su hijo cuando no le transmitió que había placer más allá de él, que también había una mujer deseosa de seguir luchando por sus sueños. Se observa esa escena cuando él no tiene éxito con su examen de contabilidad, pero a ella, paradójicamente, le acaban de hacer ganadora de un premio. Opta por ocultar su felicidad para no herir a Daniel.

Algo de la madre siempre quiere aplastar a su hijo, aunque también quiera alimentarlo. ¿Qué de la madre aplasta a un hijo? En palabras de una psicoanalista a la que escuché hace un tiempo, Gloria Luz Toro, lo aplasta la mujer que hay en ella. ¿Para qué? Para protegerlo, tiene buenas intenciones en principio, pero

después se va dando cuenta que es maravilloso, sacar a su hijo de su vientre implicaría que ella se haga una pregunta ¿Qué es una mujer más allá de los hijos? Muchas eligen la enfermedad como una manera de llamar a los hijos y también para ellos tener una razón de vivir.

EL ACONTECIMIENTO URBANO



⁵ Cassat, M. (1906). *Joven madre*. [Fotografía]. Recuperado de: <http://www.revista.unsj.edu.ar/?p=3159>

⁶ Flórez, D. (2003). *Maternidad 10*. [Fotografía]. Recuperado de: <https://www.artistasdelatierra.com/obra/4253-Maternidad-10.html>



LA AFECCIÓN

CRÓNICA: ANA
OROZCO, UNA
MADRE POR
VOCACIÓN.

Durante 8 años, Ana Orozco ha abierto las puertas de su casa para brindar a casi 140 niños y adolescentes el amor de una madre y la calidez de un hogar. Su labor como madre sustituta es la respuesta a un sentimiento que ha tenido

LA EPISTEME

BIBLIOGRAFÍA:

Mendoza, M. (2017). La melancolía de los feos. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta Colombiana S.A.

Vidal, A. (s.f.). Maternidad en construcción estrago materno [monografía, Universidad de la República Uruguay] Repositorio institucional

https://sifp.psico.edu.uy/sites/default/files/Trabajos%20finales/%20Archivos/tgf-vidal_.pdf

CITA TEXTUAL:

No me reconocía como su hijo, sino como un monstruo que estaba allí solo para atormentarla. - ¿Cómo, otra vez tú, demonio? – me gritaba cuando se tropezaba conmigo por los

durante toda la vida. Ana es una madre por vocación.⁸

Traigo a colación esta crónica con la que me encontré, porque una de las preguntas que me surge respecto al tema de la maternidad es si todas las mujeres han nacido con eso de ser madres, ¿qué ocurre con aquellas como a Frida a quienes la maternidad les ha sido denegadas? ¿Se puede ubicar una mujer en el lugar de madre, aún de hijos ajenos? Es decir, una maestra podría decidir no tener hijos, pero sentir que su objeto de goce está desplazado hacia los niños/as de su grupo.

Esta mujer de la crónica tiene 3 hijos biológicos,

corredores-. ¡Maldito engendro de Satán, si te agarro, te tuerzo el cuello para ver si nos dejas en paz! (...) Tuve que empezar a esconderme de ella, pues cuando lograba atraparme en un pasillo o desprevenido en el baño, me daba unas palizas que me dejaban aporreado varios días. (Mendoza, 2017, p. 27)

Mitos y Leyendas (2013) Medea, hija del rey Etes de Colchis y de la ninfa marina Idia, era una formidable hechicera, Medea reacciona al abandono de Jasón, su marido, con celos mortales, envía a Creusa, su nueva prometida, un vestido envenenado que la mata al igual que a su padre Creonte, que muere abrazado a ella, evidenciando el lazo con el padre. Luego mata a los hijos que tuvo con Jasón y huye. (Vidal, s.f., p.15)

ANOTACIONES: ¿Qué es ser madre? ¿Todas las mujeres desean ser madres? ¿Qué pasa con aquellas que no conciben una vida con hijos? ¿Qué ocurre cuando un hijo llega de una manera agresiva? ¿Cómo diferenciar si una madre es buena o mala? ¿Qué justificaría esta diferenciación?

GLOSA: Si bien “La melancolía de los feos” es un libro que me lleva a reflexionar sobre mi papel en la sociedad, en cómo pasamos de víctimas a victimarios, incluso sin darnos cuenta, también me llama la atención la manera en que trae a colación el asunto de la maternidad.

Resulta interesante porque aquí la madre no es la típica bondadosa, entregada a sus hijos, aquella que sería capaz

⁸ La crónica. (14 de mayo de 2017). Ana Orozco, una madre por vocación.

<https://www.cronicadelquindio.com/noticia-completa-titulo-ana-orozco-una-madre-por-vocacion-cronica-del-quindio-nota-110306>

sin embargo, ha optado por hacerse cargo de muchos más que han ido pasando por su vida durante mucho tiempo. ¿Es el deseo materno más fuerte que el de ser mujer? ¿Realmente lo hace por “vocación”?

A SUSANA, MI SOBRINA



9

Susana, la alegría de nuestras vidas. Tú tan chiquita y el mar tan inmenso, las olas fuertes y tú tan valiente. ¡TE

hasta de dar la vida por ellos, sino que es alguien que, en medio de su trastorno mental, odia a su hijo, siente una profunda aberración por él. Este sentimiento no está normalizado en nuestro entorno, no es común escuchar que una madre diga: “yo odio a mi hijo, no lo soporto, quisiera desaparecerlo” y quien esté escuchando lo tome como algo natural.

De hecho, hace pocos días hubo una noticia en la que un bebé aparece abandonado dentro de un bolso, también una niña de 4 años muere cuando cae uno de los mobiliarios de la cocina, ¿cuál es la primera reacción de los individuos? Sí, juzgar a quienes optaron por actuar de esa manera, bien sea por no entregarlo a otras personas que se responsabilizaran de su cuidado o en el caso de la niña, por haber sido descuidados. Pero, ¿realmente, alguien sabe qué pasaba por la cabeza de esas madres?

En el libro, el autor narra cómo Alfonso, un hombre deforme, enano y jorobado es rechazado por su madre, quien en medio de su poca cordura opta por llamarlo hijo de Satán e incluso se vuelca a agredirlo cuando tiene la oportunidad de hacerlo. Si se avanza en la lectura del mismo, es posible conocer mayores detalles frente a cómo se dio el embarazo, cómo tuvo que vivirlo y lo traumático que pudo resultar para esta mujer terminar en ese estado.

Es allí donde se relaciona la frase popular “un hijo es la metáfora del amor por el padre”. Aquí no hay padre, hubo violación múltiple que, a su vez, desata mayores episodios de

⁹ Rodríguez, V. (2019). *Susana se acerca al mar*. [Fotografía]. Cancún.

AMO! Te amo cuando estás cerca y también en la distancia. Adoro ver tu audacia, tu iniciativa, esa capacidad para memorizar, tus gestos, tus acciones. Sin duda, llegaste como un regalo de Dios, eres una bendición.

Susana llega a nuestras vidas en el momento menos pensado, a diferencia de Alfonso, su mamá elige amarla, convertirla en su razón de ser. Al principio, su padre se asustó con la noticia, entró en una especie de estado de mutismo selectivo, estaba enojado, contrariado, no sabía qué decisión tomar. Pese a esto, ella era el significado del amor que ambos se profesaron en algún momento, y aunque hubo rechazo inicial, ahora está rodeada de

esquizofrenia, a quien tendrán que tratar con medicamentos fuertes, y todavía no se da por enterada de su estado. ¿Podría esperarse que esta mujer pueda amar a su hijo? Algunas logran hacerlo, sin embargo, la pregunta podría ser ¿a qué costo?

Es posible entonces relacionar esta historia con el mito de Medea, al que Lacan acude para explicar cómo en ella prima la mujer antes que el ser madre, una vez que se ha enterado que su esposo la abandona, se llena de odio y decide castigar con la muerte a todos aquellos partícipes de este suceso, incluyendo a sus hijos, pues ya no está la intervención de aquel hombre que haga de ella su objeto de amor y deseo, por lo tanto, no basta su sexualidad femenina para ser la madre de ambos:

Mitos y Leyendas (2013) Medea, hija del rey Etes de Colchis y de la ninfa marina Idia, era una formidable hechicera, Medea reacciona al abandono de Jasón, su marido, con celos mortales, envía a Creusa, su nueva prometida, un vestido envenenado que la mata al igual que a su padre Creonte, que muere abrazado a ella, evidenciando el lazo con el padre. Luego mata a los hijos que tuvo con Jasón y huye. (Vidal, s.f., p.15)

Todo esto suena trágico, y, por supuesto, mítico literario, pero es una realidad que no está lejos de lo que vivimos. Algunas mujeres prefieren dar prioridad a la mujer que hay en ellas, por lo que es posible concluir, así como Lacan que el ser mujer y madre no se superponen, pero ¿qué hacer cuando quien termina pagando las consecuencias es el niño/a? Su vida adulta estará permeada por muchos asuntos, probablemente,

mucho amor, creería que su padre no se atreve a concebir su vida sin ella.

Susana ha sido afortunada, pero ¿qué pasa con aquellos que no? Es imposible no traer a mi memoria el recuerdo de aquella niña Alison y sus hermanitos, aquella que me inspira tanto amor por el cuento de Choco encuentra una mamá, una niña hermosa, inteligente, habilidosa, deseosa de salir adelante, llena de tanto amor para dar a quienes le rodean, sin importar el abandono al que fue sometida por su madre... Una madre que no fue violada como la de Alfonso, pero si una que eligió ser mujer antes que entregarse a la maternidad. Además, no cualquier mujer, una mujer que disfruta hacer de su cuerpo un objeto de

que tendrá que buscar la manera de resolver para no ser arrastrado por los estragos causados por la madre.

goce y deseo para
infinidad de hombres,
qué contradictorio, ella se
expone a esto, mientras la
mamá del protagonista de
este libro tuvo que ser
sometida a ello.

EL ACONTECIMIENTO URBANO



En su obra también plasmó los problemas sentimentales de amor-odio, ocasionados por Rivera. En *Recuerdo los ríos de sangre* corren a los pies de Frida-barco que desea alejarse del sufrimiento que parte su corazón.



En Henry Ford Hospital (1932) aparece Frida llorando la interrupción de su embarazo, presagio de una maternidad negada.



10

Mi nacimiento (1932) aparecen sobre una cama dos personajes inanimados (una madre dando a luz y una Frida bebé-adulto), mientras una Dolorosa apuñalada es testigo del drama escenificado.

¹⁰ Imágenes tomadas de: Yolanda. (31 de octubre de 2019). *Frida Kahlo y La Catrina. La unión de dos iconos del arte mejicano*. Arte y algo más. Recuperado el 9 de agosto de 2020 de: <https://arteyalgomas.com/2019/10/31/frida-kahlo-y-la-catrina-la-union-de-dos-iconos-del-arte-mejicano/>

**MATRIZ SOBRE EL ACONTECIMIENTO Y CARACTERIZACIÓN DE
PERSONAJES**

Estudiante: Karen Yuliana Rodríguez Echeverry

Año: 2020

Generalidades del afuera

Mundo de él Espacio Tiempo Azar o lo imprevisto Rasgos del afuera Lo dislocado Fuera de lugar Fuera de sí No identitario No habitable

Habitación Contemporáneo Conoce un señor adinerado con quien inicia una relación sin amor, luego la terminan, pero continúan viviendo en el mismo apartamento, diferentes habitaciones y ahora sostienen una relación padrastro-hija.

Encuentra satisfacción en estar enferma. Que se le desaparezca su cartera llena de dinero, inmediatamente entra en un estado de desesperación. Gritar e insultar a las personas con las que convive cuando algo que sucede le recuerda que no está a gusto con la vida que lleva. Embriagarse o leer no son dos acciones que la identifiquen. En un lugar desaseado.

Máscara Falsa seguridad, ante los demás se muestra tranquila y confiada, sociable, pero siente temor a ser rechazada por su cuerpo, teniendo en cuenta el estereotipo de mujer bonita y seductora.

Cuerpo Mide alrededor de 1,65m, es blanca, tiene piernas delgadas, pero con estómago prolongado, ojos azules, tinte su cabello de rojo y constantemente lo alisa. Su rostro es redondo.

Vestuario Siempre usa pantalones, blusas anchas y manga larga, pese al clima, pues no le gusta mostrar sus brazos y trata de disimular su estómago. Prefiere zapatos altos, bolso que le combine. En casa suele usar pijamas en satén, por nada del mundo saldría de casa vestida así o sin maquillar.

Ademanes Es ama de casa, usualmente se le ve con una trapera en las manos, se mueve de un lado a otro, simulando que limpia.

Reiterativamente está pegada de su celular, conversando por chat o videollamada con personas a quienes nunca ha visto personalmente, tratando de encontrar al hombre de su vida, le aterra la idea de llegar sola a la vejez.

Objetos Conserva una estatua pequeña de la santa muerte, una estampilla de san Marcos y una billetera con dinero ahorrado.

Texto creativo La mujer que acaba de bajarse de ese carro negro se llama Carmen, un nombre muy usual, ¿no? En su bolso pesado carga infinidad de objetos, algunos innecesarios, pero ni siquiera lo nota, parece ser que ese peso se asemeja al de la tristeza que lleva en su corazón. Ven ahí a una mujer muy arreglada; cabello alisado y tinturado de rojo, su raíz es impecable, su blusa manga larga, ancha y de color amarillo, así como su pantalón blanco de flores sutiles no posee ni una sola arruga.

Se ha acercado a una tienda de juguetes, quiere comprar un regalo a su nieta antes de ir a visitarla, como es costumbre. ¡Por fin lo tiene! Por cosas de la vida en esta tienda también vendían ropa, y, según ella, ¿qué mejor regalo que más blusas, vestidos y pantalones nuevos? Es importante que la niña siempre esté bien vestida, ¿qué diría mi mamá si la viera fea en una foto?, se interroga a sí misma. Ha empacado su regalo, sube nuevamente al carro y le pide al conductor que se dirijan con prisa, su hija menor, la mamá de Sofia tiene hambre, qué pecado de la niña, hoy no ha tenido tiempo de hacer almuercito, le manifiesta a Ramiro, quien calla y accede a su petición.

La noche anterior no fue sin dudas la mejor que haya tenido, a menudo no consigue conciliar el sueño, pero esta vez, además de sus preocupaciones actuales, han decidido visitarla los recuerdos. Así que empieza a recordar cómo han sido sus relaciones sentimentales, las parejas que han tenido siempre la han lastimado... El primero fue el padre de su primogénito, un hombre vicioso, desempleado que aprovechaba cuando ella salía a trabajar para vender los objetos de su hogar. El segundo fue el padre de sus dos hijas; alcohólico, mujeriego y agresor, a quien soportó por alrededor de 18 años, a éste lo conoció en un tren, se encontraba prestando el servicio militar, durante muchos meses ella fue a visitarlo, parecía que ambos se habían enamorado perdidamente, así que decidieron que era hora de empezar un hogar.

Más pronto que tarde los problemas iniciaron, Carmen cierra sus ojos tratando de dormir, pero es imposible. Sus recuerdos la llevan a ese lugar de clima cálido, su cuerpo empieza a sudar, su corazón se agita, su piel parece un poco pegajosa, no sabe a qué hora se le ocurrió que podía ser una buena ciudad para empezar de cero con él y su hijo. Así como esa noche, hace alrededor de 33 años, aquella mujer estaba abatida, quería ser fuerte por su hijo, luchar por forjar de él un hombre de bien, le cantó un par de canciones y logró que se durmiera. Mientras tanto, en esa incómoda pensión donde estaban viviendo, comienza a derramar sus lágrimas, de ese hombre maravilloso ya no quedaba rastro, había conseguido un empleo que les permitía vivir del día a día, pero también cada día conocía una mujer nueva, con quien mantenía relaciones sexuales y, además, se embriagaba hasta la mañana siguiente.

Aquel personaje había perdido el sentido común, llegaba a la pensión en un taxi, acompañado de la amante de turno, Carmen salía a recibirlo, tenía que soportar la incómoda escena de verlo besar a otra mujer, quien se despedía de ella y le expresaba: Hola, querida, ahí se lo dejo, pasamos una noche maravillosa, atiéndamelo bien. Por supuesto, una vez que cruzaban la puerta, los reclamos no se hacían esperar, ¿cómo es posible que traiga a esa mujer hasta acá?, ¿por qué es tan descarado?, mire como llegó, no tenemos nada para comer, todo el dinero se lo gastó en ella y en trago, ¿qué vamos a hacer? “Pues busque a su mamá”, respondía él, ¿o es que acaso no recuerda que nos vinimos de Medellín porque ella nos prometió que nos iba a ayudar? Hasta ahora no nos ha dado nada.

Carmen se dirige al noyero, toma unas cuantas monedas, compra pan y chocolate, no le alcanzaba para más, le sirve el desayuno, pide permiso para usar el lavadero, su pareja tiene que tener limpio el uniforme para ir a trabajar por la noche, además, Felipe no puede hacer mucho ruido, hay que dejarlo descansar, ¿si se despierta a medio día qué le voy a dar para almorzar? Llamaré a mi mamá.

Ahora toma fuerza, respira profundo, va hasta una de las cabinas telefónicas que, por suerte, quedan cerca de la pensión... ¡Hola, mamá! ¿Cómo estás? Quería preguntarte si tienes un empleo para Ramón o uno para mí, quisiera mudarme a otro lugar, que vayamos consiguiendo nuestras propias cosas, acá no me siento cómoda. Su madre le pregunta cómo va la relación, Carmen prefiere mentir, no quiere que su mamá se dé cuenta que ha fracasado una vez más, eso sería como darle la razón, finalmente, el día que decidió irse de casa, separarse de ella, lo hizo porque lo único que recibía eran malos tratos, la veía poco porque, entre amigo y amigo, a su madre no le quedaba mucho tiempo para ocupar ese rol, hacía ya mucho que había elegido ser mujer y había dejado sus 3 hijas a cargo de otros familiares, de manera muy cuidadosa, ni siquiera esas personas se habían dado por enteradas.

¿Adivinen cuál fue la respuesta de su adorada madre? Pues bien, ¡claro que sí, hijita! Yo le puedo ofrecer un empleo, le pago por ser mi empleada, quiero que se encargue de hacer el aseo en el hotel, en mi apartamento y también que lave las sábanas y ropa de los huéspedes, así tendrán cómo comer y vivir mejor. A él puedo ofrecerle el puesto de recepcionista, pero por ahora será solo cuando necesite quien me cubra un turno. ¿Lo toman o lo dejan? Yo no puedo darles dinero porque la plata no me alcanza, este hotel no va tan bien como la gente cree y el hombre con el que vivo tampoco me lo permitiría, así que yo no quiero tener problemas con él, estoy muy enamorada, me da todo lo que le pido. Ustedes verán.

Al colgar el teléfono, Carmen recuerda su niñez.

De pronto abre los ojos y se dice a sí misma, basta de recordar, no quiero que le pase lo mismo a mi hija y a Sofía, mientras yo esté viva estaré ahí para darles todo lo que necesiten, mejor voy a hacerle una oración a la santa muerte, ella me concederá todo lo que le pida, ah, y después oraré a san Marquitos, a ver si se me manda a alguien con quien terminar mi vejez, que me quiera y me dé todo lo que necesite. Ya no soporto más esta vida en esta casa.

Una vez que termina, Carmen logra conciliar el sueño, al menos por unas cuantas horas. Al día siguiente se despierta, su primera llamada es a Cristina, su hija menor. Hola, mami. ¿Cómo amanecieron?, yo amanecí con dolor por todo el cuerpo, no soy capaz de levantarme de la cama, anoche no pude dormir nada, pero ahorita nos vemos, yo voy a llevarle almuercito para que no tenga que cocinar, no se preocupe que yo le digo a Ramiro que me lleve y le hacemos compañía toda la tarde, antes de ir le compro alguna cosita a Sofía. Chao, me voy a adelantar todo el oficio para que me rinda.

Subtexto o monólogo (A-B ausente) MONÓLOGO

(Carmen se siente triste, algunas lágrimas recorren su rostro, mientras se encuentra sentada en su cama observando en el celular la fotografía de Rafael, su última pareja.)

Carmen: Hay momentos en que todo está tan oscuro que no logro ver mi reflejo. A veces solo tengo preguntas sin respuestas, los recuerdos vienen a golpear mi puerta, la melancolía se posa en mi cama para ser mi amante en esas noches. Así como hoy...

SILENCIO

CARMEN: (Suspira mirando la santa muerte con su celular en la mano) Qué lindos nos vemos en esta fotografía, parecíamos tan felices, pero todo era una farsa. ¡Claro, todos los hombres son iguales! Una noche me dijo que estaba feliz de haberme conocido, ¡y con esos ojos tan hermosos! Yo me dejé impresionar. Sus palabras al principio fueron tan dulces...

No fue nada difícil irme a dormir con él esa noche, me sentía a gusto, nos entendimos super bien... O bueno, eso pensaba yo.

PAUSA

(Carmen se pone su mano en el rostro, se muestra muy pensativa y melancólica)

CARMEN: (Continúa mirando a la santa muerte) Esta noche tú me vas a hacer el milagrito, me vas a curar de todas estas enfermedades que tengo y me vas a conceder eso que durante tanto tiempo te he pedido. ¿O acaso es posible que tenga que seguir esperando? ¿Voy a morir de esta manera? Por favor dame una respuesta, ¿qué debo hacer para que me escuches de una vez por todas?

SILENCIO

(Carmen, enojada, tira la santa muerte a su cama)

CARMEN: Todo es culpa de esta santa muerte. ¿En qué momento se me ocurrió que podía ser la solución a todos mis problemas? Está bien, no te lo tomes a pecho, estoy muy confundida, no me mires de esa manera, no es culpa mía que lleve más de un año rezándote, ni una noche he faltado a tu presencia, doy los golpes al piso las veces que se requieren para invocarte, parece que apareces, pero ¿acaso eres sorda y también muda? Dame una señal o renuncio a buscarte una vez más, una amiga me dijo que san Marquitos de León era más fiel y me hacía el milagrito más rápido.

Definitivamente, no quiero buscarte más, todo este tiempo he sufrido por la pérdida de Rafael, no quiero tener forma de ver lo que hace o deja de hacer, es una basura y no vale la pena. (Melancólica) Un día me fui y ni siquiera lo notó. No logro comprender cómo es posible entregar mi corazón a personas que nunca saben apreciarlo, quisiera arrancar de mí ser todo aquello que hoy me hace recordarlo. Pero ¿de qué serviría? Tengo que ser fuerte una vez más, esta noche oscura y vacía, pronto acabará.

SILENCIO

(Carmen, se desmaquilla y se muestra decidida)

CARMEN: Hoy voy a probar con esta estampita, después de todo no me pide sacrificios, no me aparta de Dios, es un santo, en la iglesia católica creen en él, son devotos, ¿por qué no hacerlo yo también? A lo mejor por eso no me he aliviado, por eso estoy cada vez más enferma, por no hacer las cosas bien. Si mi mamá se enterara, probablemente, no se sentiría orgullosa de mí.

(Dirige la mirada a la santa muerte y lo toma de nuevo) Mmm, después de todo, tenerte no es tan malo, perdóname, pero debo ser clara, a partir de hoy ya no me serás muy útil, aunque te conservaré.

(Ubica a la santa muerte en la repisa de siempre y se muestra pensativa) ¿Y si Rafael no es el amor de mi vida? ¿por qué estoy tan triste? Él no quiere a mis hijas, los últimos meses juntos nuestra relación parecía un campo de batalla, se mostraba despectivo, hiriente. ¿Para qué quiero a alguien como él a mi lado? Soy una mujer bonita, no estoy tan vieja, todavía merezco una oportunidad con otra persona que me quiera y me valore, porque desde niña me he sentido rechazada.

Acción/tensión/conflicto Consiste, básicamente, en los estragos que genera la relación madre-hijo, de qué manera los excesos terminan siendo negativos, pero cómo lograr un equilibrio. La historia comienza con una madre que busca el bienestar de su hija menor, causando un apego feroz, tal como el nombre de un libro que le viene bien a este asunto a tratar. La mujer a la que llamaremos Carmen va y viene en esta creación, pertenece a un presente mejor que su pasado, pero que la mantiene atada a él, continúa construyendo relaciones teniendo como base sus heridas de infancia, proyectando sus inseguridades en sus hijos, algunas veces será por sobreprotección, otras veces por rechazo o abandono.

*Otra categoría según el concepto investigado _____ Construcción del amor propio desde las heridas que deja la relación madre-hijo.